

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — TOMO XIV.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Año 18. — N° 361.

Administracion general, passage Saulnier, num. 4, en Paris.

SUMARIO.

Bendicion de las banderas del ejército toscano en Florencia; grabado. — Escenas marítimas. — El centésimo aniversario del nacimiento de Schiller; grabados. — Revista de Paris. — El palacio de la industria en Madrid. — Teresa Hermann. — Recuerdos de la guerra de Italia. La batalla de Solferino; grabado. — Recuerdos de Taiti; grabados. — La entrevista de Breslau; grabado. — El Océano y la fuente. — Discurso del señor don Francisco Martinez de la Rosa en la apertura de las cátedras del Ateneo. — Marruecos. — Revista de la moda. — La gran duquesa María de Rusia; grabado. — Gibraltar; grabado.

Bendicion de las banderas del ejército toscano en Florencia.

El domingo 30 de octubre Florencia fué teatro de un espectáculo que no podia menos de causar impresion, bajo la influencia de los sucesos que dan un vuelo tan enérgico al patriotismo italiano. Las tropas toscanas recién organizadas estaban reunidas delante del palacio de Cascines para prestar juramento de fidelidad. Habiase levantado un altar bajo los arcos del palacio, y se celebró una misa solemne en presencia de las tropas que estaban reunidas en la plaza. Despues el gene-

ral comandante pronunció en alta voz la fórmula del juramento: «Juro ser fiel al gobierno del rey Victor Manuel, nuestro rey electo.» Estas palabras, que resonaron en medio del silencio mas profundo, fueron cubiertas con este grito general: «Lo juro.» De las filas salieron vivas entusiastas, y el pueblo mezclaba sus aclamaciones y sus aplausos á este entusiasmo. Una vez prestado el juramento, tuvo lugar la bendicion de la bandera nacional. Las tropas desfilaron despues por delante del altar, y excitadas por el carácter imponente de la ceremonia, gritaron: «¡Viva il re Emmanuel! ¡Viva la guerra!» — Demuestran la energía que anima



BENDICION DE LA NUEVA BANDERA ITALIANA EN FLORENCIA.

á la Italia armada en favor de su nacionalidad y de su independencia. F.

Escenas marítimas.

UN NAUFRAGIO. EN ALTA MAR.

I.

El 1º de enero de 18... el bergantin español *Relámpago*, que procedente de uno de nuestros puertos de Levante, se dirigía á la capital del archipiélago filipino, navegaba con tiempos favorables y mar bella á la altura de la isla Rodrigo, la mas oriental de las Mascareñas, y como á unas sesenta leguas al Este de sus costas orientales.

Como las aguas en que el *Relámpago* habia entrado despues de la puesta el sol no ofrecian el menor peligro conocido, se encendieron por única precaucion los faroles de tope para prevenir un abordaje casual con otro buque.

La noche estaba oscura como sucede por lo general á la inmediacion de los trópicos, y la tripulacion, agobiada por el excesivo calor que habia experimentado durante el dia, se habia tendido sobre cubierta y dormia tranquilamente, acariciada por la brisa.

El bergantin navegaba en vuelta del N. E., mura á babor, con todo su aparejo de cruz y cuchillo, haciendo nueve millas por hora, sin que hubiese ocurrido la menor novedad durante la primera hora de la mitad de la noche, y acababa de entrar de cuarto la guardia de estribor, cuando el segundo del buque, apoyado sobre el pescante de la serviola de estribor, creyó haber oido una voz extraña y apenas perceptible á poca distancia de la proa. Esta voz, indefinible en un principio, fué tomando cuerpo y carácter á medida que el buque avanzaba, asemejándose mucho al ladrido de un perro.

La tierra estaba lejos; las cartas no señalaban islote alguno por aquellas aguas, ni se veia farol alguno que anunciase la presencia de un buque, ni se alcanzaba á descubrir por ningun punto del horizonte la vela mas insignificante con el auxilio de los mejores catalejos de noche.

La voz cesó de sonar de repente, y el segundo del *Relámpago*, algun tanto alarmado, se tranquilizó creyéndola una ilusion de sus sentidos ó un sonido producido por el choque de las olas.

Pero cinco minutos despues la voz se dejó oír de nuevo mas clara y sonora, y no habia lugar á dudas: un perro ladraba y á muy corta distancia de la proa del *Relámpago*.

El piloto prestó atencion por unos momentos, examinó con la vista el espacio de mar que alcanzaba á descubrir, y no vió nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, los ladridos continuaban y se hacian cada vez mas lastimeros, como si el animal que los producía se hallase en inminente peligro y demandase socorro.

A tan extraña aventura la mayor parte de los marineros del *Relámpago* despertaron y se dirigieron apresuradamente á la obra muerta para ver de dónde partian aquellos lamentos que á hora tan intempestiva les arrancaba del sueño.

Un ladrido mas agudo, penetrante y lastimero que los anteriores se dejó oír casi á pique del extremo superior del botalon, y el piloto se lanzó sobresaltado sobre el castillo de proa, y se adelantó por el bauprés hasta el puño de la trinquetilla.

— ¡Orza! ¡orza! gritó con un acento que indicaba bien á las claras la proximidad de algun peligro inminente.

El buque cambió lentamente de direccion obedeciendo al impulso impreso por el timonel á la caña.

— ¡Orza! ¡orza! volvió á gritar el piloto.

El timonel ejecutó la órden de su jefe, y el bergantin continuó apartándose de su rumbo primitivo, hasta que la voz de — ¡Bueno va! — vino á indicar al encargado del timon que el buque habia orzado lo bastante.

Y ya era tiempo de que esta maniobra se ejecutase.

A unas cinco brazas del bergantin por la mura de babor, se hallaba una masa voluminosa que flotaba á merced de las olas, impelida por las corrientes en sentido contrario á la marcha del buque. Un momento mas, y el *Relámpago* hubiera embestido en ella, exponiéndose á un siniestro.

Pasado el peligro, todos los marineros se acercaron á la empavesada, deseosos de examinar aquella masa que tan impensadamente se les habia venido encima, y frente á la cual fué parando el bergantin lentamente.

Era el casco de un buque desarbolado y casi sumergido ya por la proa.

Sobre la estampa de popa se veia un perro de Teranova, enteramente negro y de tamaño colosal, que aparecia y desaparecia por intervalos, ladrando cada vez con mayor angustia. Cuando se descubrió el puente en toda su extension, se advirtió que el pobre animal no hacia mas que entrar y salir de la cámara, cuyas puertas estaban abiertas.

Esta circunstancia hizo sospechar á las gentes del *Relámpago* que en aquella parte del buque se encontraría alguna persona imposibilitada ó muerta quizás, y les confirmó en esta creencia la imposibilidad con que

aquel animal se aguantaba en el buque perdido, por mas que se le llamaba, cuando tan fácil le hubiera sido el salvarse á nado.

Las gentes del bergantin hubieran echado al agua una de sus lanchas para pasar á bordo del naufrago, pero la noche continuaba oscura, no se podia apreciar el verdadero estado de aquel casco que, medio sumergido ya, no seria difícil que se colase por ojo á la hora menos pensada arrastrándolos en su descenso, quizás en el momento de aproximarse á él ó cuando se hallasen á su bordo, sin la menor ventaja para las personas que en él se encontrasen, y no creyeron prudente arrostrar por entonces este peligro.

Por tres veces gritó el segundo del *Relámpago*: — ¡Oh de la embarcacion! — sin que recibiese otra respuesta que los ladridos desgarradores del pobre animal, que entraba corriendo en la cámara y volvía á salir al poco rato, como para indicar que no estaba solo.

Eran cerca de las dos de la mañana, el sol no tardaria en aparecer; y con el fin de no alejarse demasiado de aquel casco, el bergantin se puso al paio para esperar á que la claridad del dia facilitase sus intentos.

El inteligente animal, comprendiendo el porqué de aquella maniobra, y como si apreciase la prudencia de las gentes del *Relámpago*, cesó de ladrar, y solo de vez en cuando se veian brillar en la oscuridad sus ojos por encima del filarete, como si tratase de cerciorarse de que sus salvadores continuaban á la vista.

Amaneció por fin.

El buque naufrago se hallaba á unas cincuenta brazas á sotavento del *Relámpago*; la marejada y el viento habian calmado algun tanto con la presencia del dia; se echó al agua la lancha principal, se embarcaron en ella el piloto y uno de los mejores marineros, y bogaron á todo remo en demanda del naufrago.

En la estampa de popa, bastante mas elevada sobre las aguas que el resto del buque, y por bajo de la cristalería de la cámara se leia en letras doradas *La Jeune Amélie*. — El buque pertenecia por lo mismo á la marina francesa, y esto fué un estímulo mas para la tripulacion del *Relámpago*, cuyo piloto hablaba perfectamente el idioma de Fenelon.

El perro seguia desde la popa con una ansiedad y una alegría indescriptibles los movimientos de la lancha, que despues de dar una vuelta al rededor de la *Jóven Amalia*, y seguro el piloto de que no presentaba el buque por entonces señales de una próxima immersion, dió este la voz de — ¡Atraca! — y una vez al costado del naufrago, saltó sobre cubierta acompañado de dos marineros, mientras los cuatro restantes se aguantaron en la lancha á una prudente distancia del buque en tanto que duraba la inspeccion que sus compañeros se proponian hacer en el interior de aquel casco abandonado.

La cubierta del buque francés presentaba las señales de una completa devastacion. Su obra muerta habia desaparecido por completo; el fogon, las pipas de agua, las lanchas, cuantos objetos en fin suele llevar una embarcacion sobre el puente, habian desaparecido tambien; sus tres palos habian sido picados á media vara de la cubierta y desaparecido por lo mismo con todos sus aparejos, y hasta la claravoya de la cámara no tenia un solo cristal en buen estado.

Apenas habian saltado los marineros sobre cubierta, y despues de algunas expresivas caricias hechas á sus libertadores, el perro se dirigió á la cámara, volviéndose á cada paso para ver si le seguian.

Una escena desgarradora y tristísima se ofreció á la vista del piloto y de los dos marineros del *Relámpago* cuando penetraron en el recinto á que el perro les guiaba.

En uno de los camarotes destinados á los pasajeros de popa y tendido en el suelo se hallaba un venerable anciano próximo á exhalar el último suspiro, y que vestía el uniforme de capitán de navio. Una jóven casi exánime, pálida como la muerte y medio acostada tambien, estrechaba entre las suyas las descarnadas manos del moribundo y cubria de besos su frente.

Al ver á los marineros del bergantin dió un grito de alegría, elevó sus ojos y sus manos al cielo, y cayó desmayada sobre el anciano sin poder concluir la palabra — ¡salvadle! — que habia principiado á salir de sus labios.

Habia ya entonces en la cámara por la parte de proa cerca de tres pulgadas de agua, y se la veia aumentar por momentos de altura. Era indispensable por lo mismo obrar con precipitacion, porque el casco de la *Jóven Amalia* podia sumergirse de un momento al otro.

El piloto cogió en sus brazos á la jóven, los dos marineros sacaron al anciano, y se apresuraron á subir al puente, seguidos del perro que iba lamiendo la mano derecha de su ama, como si tratase de hacerla recobrar por este medio el sentido.

Las aguas encerradas en la bodega del buque mugian al chocar contra los costados cual si penetrasen en las profundidades de una caverna, produciendo una serie no interrumpida de ecos lastimeros y ahogados suspiros, muy parecidos al estertor de la agonía.

— ¡Atraca, atraca! gritó el piloto á los de la lancha, depositando en el suelo su carga cuidadosamente.

Los dos marineros imitaron su ejemplo, y todos tres bajaron de nuevo á la cámara para sacar los baules y algunos objetos preciosos que habian visto en ella, y cuya posesion podria hacer quizás menos sensibles los efectos del naufrago á los dos seres desgraciados que acababan de arrancar de las garras de la muerte.

La lancha llegó al costado, se bajaron á ella los dos naufragos, y los cabos y objetos que componian al parecer su equipaje, el piloto y sus dos compañeros reco-

nocieron precipitadamente los camarotes de la toldilla y del castillo de proa, y seguros de que no quedaba en el buque persona alguna, abandonaron aquel casco que se iba á pique por instantes.

A la voz de — ¡larga y hala! — dada por el piloto, que habia tomado la caña del timon, los seis remos de la lancha cayeron al agua como movidos por un solo resorte, y mediante un desesperado esfuerzo de los marineros que los manejaban, la lancha se alejó de la *Jóven Amalia* con asombrosa rapidez.

Pocos momentos despues se oyó un horrible estampido, como si se hubiesen descargado á la vez en la profundidad de un valle cien piezas de artillería.

La cubierta del buque francés acababa de saltar, cediendo á la presion del aire encerrado en la bodega y comprimido por el agua; el mar se abrió para recibir al naufrago; el buque se agitó un momento sobre las olas cual si se resistiese á descender, y desapareció por fin, dejando en su lugar un extenso y profundo remolino, cuyas ondas hicieron vacilar á la lancha del *Relámpago*, y un momento despues la superficie del Océano se habia cerrado de nuevo, y no quedaba de la *Jóven Amalia* mas que el recuerdo.

La lancha habia llegado entre tanto sin novedad al costado del bergantin.

II.

Ocho dias despues de haber tenido lugar las escenas que acabamos de referir, el anciano y la jóven, arrancados segunda vez á la muerte por los exquisitos cuidados que les habian prodigado á bordo del *Relámpago*, se hallaban sentados á la entrada de la toldilla contemplando la puesta del sol. La gente de popa del bergantin les hacia compañía, y el buque navegaba por el mar de las Indias suavemente impelido por la Monzon del S.-E.

— Terrible debió ser, M. de Lionville, — dijo el piloto al anciano, — el temporal que habeis corrido y que ocasionó vuestro naufrago, á juzgar por el deplorable estado en que se hallaba vuestra fragata.

— Muy terrible, mi querido salvador; muy terrible, pero lo fueron mucho mas las angustias que experimentó mi corazon cuando me ví solo á bordo con mi hija, sin mas auxilio que el de Dios, que tuvo al fin misericordia con nosotros; y si no temiera causaros enojo, os referiria, amigos míos, la historia de nuestro naufrago.

— Contad, contad, exclamaron á una acercando sus sillas las gentes del bergantin.

— Diez años hacia que me hallaba encargado de la capitanía del puerto de Pondicheri cuando perdí á mi idolatrada esposa, que se habia empeñado en venir conmigo á tan remotos climas.

El deseo de darla sepultura al lado de sus mayores, de visitar á mi hermosa y querida Provenza y de pasar el resto de mis dias en compañía de mi hija, en aquel delicioso país, me movió á pedir al gobierno mi retiro, que fué concedido á la vuelta del paquete.

La *Jóven Amalia* se estaba preparando entonces para darse á la vela con destino á Marsella; era una magnífica fragata que hacia su segundo viaje; el capitán me inspiraba plena confianza, y nos embarcamos en ella trayendo con nosotros el cadáver de mi esposa.

— Que se ha perdido, dijo el segundo del bergantin.

— Que se ha perdido, repitió tristemente M. de Lionville enjugando dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, y estampando un tierno beso en la frente de su hija que lloraba tambien. — Ni esta niña ni yo pudimos deciros que la salváseis á ella como nos salvábaseis á nosotros. Pero ¡cómo ha de ser! conservo á su hija querida...

Y el anciano y la jóven se tendieron mutuamente los brazos y se estrecharon con una ternura imponderable.

— Durante los primeros veinte dias, — prosiguió el marino francés despues de una breve pausa, — el viento y las corrientes nos fueron favorables, y la fragata se deslizaba como una náyade sobre la superficie del Océano á todas horas tan quilo.

Al siguiente pasamos el trópico de Capricornio en los mismos términos, y tuvo lugar á bordo en medio del regocijo mas cumplido, la farsa con que los marineros celebramos sien pre este acontecimiento.

Concluida la fiesta á media tarde, la mayor parte de la tripulacion que habia metido en sus bodegas mas vino y coñac de lo que podian recibir prudentemente, se bajó á los camarotes y se tendió en sus hamacas, entregándose á un sueño profundo.

Navegábamos en popa cerrada con alas y rastreras por banda y banda, y podíamos continuar en la misma vuelta hasta el dia siguiente. La noche debia presentarse clara, pues á mas de hallarse despejados por todos los rumbos del compás el cielo y los horizontes, estábamos en plenilunio, y creyó por lo mismo el capitán, que con diez hombres que le quedaban en buen estado de razon tendria bastante para atender á la seguridad del buque en cualquier lance imprevisto.

Tres horas despues se ocultaba el sol en el horizonte tras algunas ligeras nubes blanquecinas, que se habian levantado de repente por el primer cuadrante, y el N.-O. que habia corrido bastante fresco durante todo el dia, fué decayendo, hasta el punto de que á la entrada de la noche las velas iban azotando los palos y los masteleros.

Duró poco la calma.

Nuestro aparejo principió á hincharse á impulso de

una brisa del N. cuya fuerza aumentaba, aunque con lentitud, y los horizontes del primero y cuarto cuadrantes se cubrían por instantes de espesas y apiñadas nubes.

He navegado mucho por estos mares en los buques de S. M., y no podía hacerme ilusiones sobre la naturaleza del temporal deshecho que se nos venía encima á un descuartelar.

— Capitan, — le dije al jefe de la fragata, — este cambio repentino de tiempo y el haber saltado el viento al N. anuncian, á mi juicio, la proximidad de un huracán.

El capitan consultó el cariz por unos momentos, y mis temores le parecieron por su desgracia exagerados.

El N. soplaba cada vez con mas fuerza, la mar iba engrosando, y lo que era peor, ampollándose visiblemente, y nuestros masteleros de juanete se inclinaban cual débiles mimbres, como pidiendo que les descargasen del peso de sus velas y de la presión de sus aparejos.

— Capitan, — le dije verdaderamente alarmado, — tenemos sobre nosotros el huracán, y yo en vuestro lugar llamaria la gente sobre cubierta, trincaria las portas, pondria sus sacos á los escoberres, meteria toda vela redonda, me quedaria con la trinquetilla y los estris mayores y me pondria á ceñir el viento, despues de echar abajo hasta los masteleros de gavia.

— Exagerais mucho el peligro, mi querido M. de Lionville, me contestó.

— La experiencia me ha demostrado, le repute, que no están de mas las precauciones, por exageradas que parezcan, cuando el tiempo se presenta en estos mares con un cariz tan sospechoso.

— El buque es de mucho aguante y tengo bien probada su arboladura.

— Sin embargo, amigo mio.

— Sabeis además que mis muchachos están hechos unas cubas, y solo nos servirian de estorbo sobre el puente.

— El peligro que no tardaremos en correr les volverá seguramente en razon; llamadles, porque quizá despues sea demasiado tarde.

El capitan consultó de nuevo el cariz, y no debió quedar muy satisfecho, porque mandó meter las alas, las rastraderas y los tres juanetes y calar sus masteleros.

Como habia muy poca gente para el trabajo, esta maniobra se ejecutó con demasiada lentitud, mientras el viento y la mar aumentaban de una manera terrible.

Llevábamos mucho trapo, amigos míos; muchísimo trapo para el tiempo que corria. Los masteleros de gavia se doblaban como juncos, el tajamar de la fragata iba á menudo dentro del agua, y la *Jóven Amalia* se abismaba entre montañas ambulantes, para aparecer momentos despues sobre sus cumbres y abismarse de nuevo.

El capitan, que apenas tendria treinta años, era en todas ocasiones un valiente y arrojado marino, y aquella noche lo era mucho mas que de ordinario, efecto de un poquillo de exceso en la bebida durante la farsa, y puesto al timon, que no quiso confiar á nadie, contemplaba sonriendo de placer los esfuerzos que hacia su fragata para dominar los desencadenados elementos.

Un golpe de viento que se nos vino encima de improviso puso el buque casi á punto de zozobrar; pero el capitan, arrojándose de lleno sobre la caña, logró con su destreza y sangre fria ponerle de nuevo, aunque lentamente, en posicion vertical.

— ¡Capitan! ¡capitan! exclamé al ver la rapidez con que aumentaba el peligro.

El, aunque tarde, principió á conocer que no eran vanos mis temores, y gritó con voz de trueno: ¡Arriba la gente! ¡arriba!

El contramaestre y dos marineros se precipitaron en los camarotes, y momentos despues toda la tripulacion se hallaba sobre cubierta, aunque no en muy buen estado aun.

Apenas habian salido los últimos marineros, se oyó á lo lejos un mugido terrible, y la superficie del Océano se conmovió, cubriéndose de espuma en una extension considerable.

— ¡Aventa escotas!

¡pronto! ¡pronto! gritó el capitan. Pero era ya tarde.

Una horrorosa columna de viento chocó impetuosamente contra nuestro costado de estribor, antes que se hubiese aflojado la tesura de las velas, y la *Jóven Amalia* se inclinó hasta tocar en el agua con los penoles de las mayores.

El capitan se arrojó de nuevo sobre la caña, pero inútilmente: el huque no obedeció al timon por mas esfuerzos que se hicieron.

— ¡A picar los palos! gritó entonces aquel esforzado

— Con el peligro la habia olvidado.

— Debeis bajar á consolarla.

— ¿Y vos?

— Yo, — me replicó con un acento de tristeza indefinible y apretándome las manos con fuerza — os seguiré, quizás dentro de un rato. En el estado lastimoso á que se ve reducida mi fragata ¿qué podemos hacer? encerrarnos bajo cubierta como marineros noruegos hasta que afloje la tormenta. Retiraos, M. de Lionville, retiraos con vuestra hija.

Me pareció prudente seguir su consejo y bajé á la cámara. Mi pobre niña estaba arrodillada delante de una imagen de la Virgen del Socorro, é iba á tenderla los brazos, cuando un golpe de mar, rompiendo con horroroso estruendo en el costado de estribor, nos arrojó á entrambos por el suelo. Tras aquel rompió otro y otro con igual ó mayor ímpetu que el primero.

Temiendo una desgracia, me apresuré poco despues á subir sobre cubierta, y ¡qué horror, amigos míos! el puente estaba limpio, ¡completamente limpio! Los golpes de mar le habian barrido, sin dejar un solo objeto de los que estaban mejor trincados.

Toda la tripulacion habia desaparecido para siempre.

Lo que sufrí al verme solo con mi hija en medio del Océano ¡ha sido tanto! ¡tanto!

Pero no quiero recordarlo ahora. Mi pobre niña está débil y demasiado afectada para que pueda soportar tan dolorosos recuerdos. Otro dia os contaré quizás, amigos míos, nuestra vida y nuestras angustias durante quince dias, que fueron para nosotros quince años. Hoy debemos dar gracias á Dios por lo misericordioso que se ha mostrado con nosotros, y orar por el eterno descanso de los que menos felices sucumbieron en tan horroroso naufragio.

Y aquellos rudos marineros, imitando á M. de Lionville, se descubrieron y rezaron.

BALDOMERO MENENDEZ.



LA MADRE DE SCHILLER.

El centésimo aniversario

DEL NACIMIENTO DE SCHILLER.

marino, cogiendo una de las hachas y descargando terribles golpes sobre el mayor.

Toda aquella gente, momentos antes sin sentido, echó mano á las hachas y á sus cuchillos, y se precipitó á los palos y á los obenques y demás aparejos.

— ¡Cortad! ¡cortad, hijos míos! gritaba el capitan manejando su hacha con un ardor indecible. ¡Cortad! ¡cortad, y nos salvamos!

Y los marineros cortaban y descargaban hachazos en los palos sin descanso, y momentos despues toda la arboladura, velas y aparejos de la fragata se abismaban en las olas.

El capitan corrió de nuevo al timon y el buque se fué levantando pausadamente.

— ¡Qué espantosa noche, capitan! le dije mientras limpiaba el sudor que inundaba su rostro.

— ¡Y tan espantosa, M. de Lionville!... ¡Y tan espantosa! pero vuestra hija...

Goethe, ha dicho madama de Stael, es el genio alemán; Schiller es el genio humano. De modo que no tué solamente una fiesta nacional la que celebró la Alemania el 10 de noviembre en todas sus ciudades, con motivo del aniversario secular de aquel que fué quizá su primer poeta, y uno de los hombres que han dado mas gloria á la humanidad.

Los alemanes experimentan por la memoria de Schiller mas que un sentimiento de admiracion, una especie de culto; es para ellos el tipo de la moralidad humana. Añadiremos que á los ojos de los eruditos y de los pensadores alemanes, Schiller reunió y reasumió todos los elementos que han dado á la Alemania su significacion histórica. Bajo todos conceptos, ninguna fiesta podria ser mas popular que la suya, y justamente ha tenido lugar en una época que dicen materializada hasta lo sumo; sin embargo, todas las clases de la sociedad, funcionarios, artistas, magistrados, industriales, obreros, los mas notables y los mas humildes, los mas ricos y los mas pobres, cada cual ha querido depositar una corona delante de la estatua del poeta, manifestando así que nuestro tiempo vale mas en realidad de lo que se dice.

En Alemania la fiesta tiene además otra significacion muy importante. Todos los alemanes, tan divididos en religiones, estados y dialectos, se han reunido para saludar al hombre de genio que representa mas completamente la nacionalidad alemana. Como en los tiempos de la guerra de la independencia, la nacion se ha mostrado unánime para honrar á su amigo mas adicto. Esta comunión en el mismo altar no puede renovarse muy pronto; pero sin duda su renovacion es posible. La fiesta de que tratamos lo prueba, pues la Alemania toda se ha levantado para ensalzar al hombre que en sus poesias, sus dramas y sus composiciones históricas y filosóficas, ha hecho brillar en el porvenir la grande imagen de la unidad alemana.

Madama de Stael, cuyos juicios deben invo-



CASA DE SCHILLER EN MARBACH, ANTES DE RESTAURADA.



MARBACH, LUGAR DEL NACIMIENTO DE SCHILLER, CON LAS HABITACIONES DEL POETA.



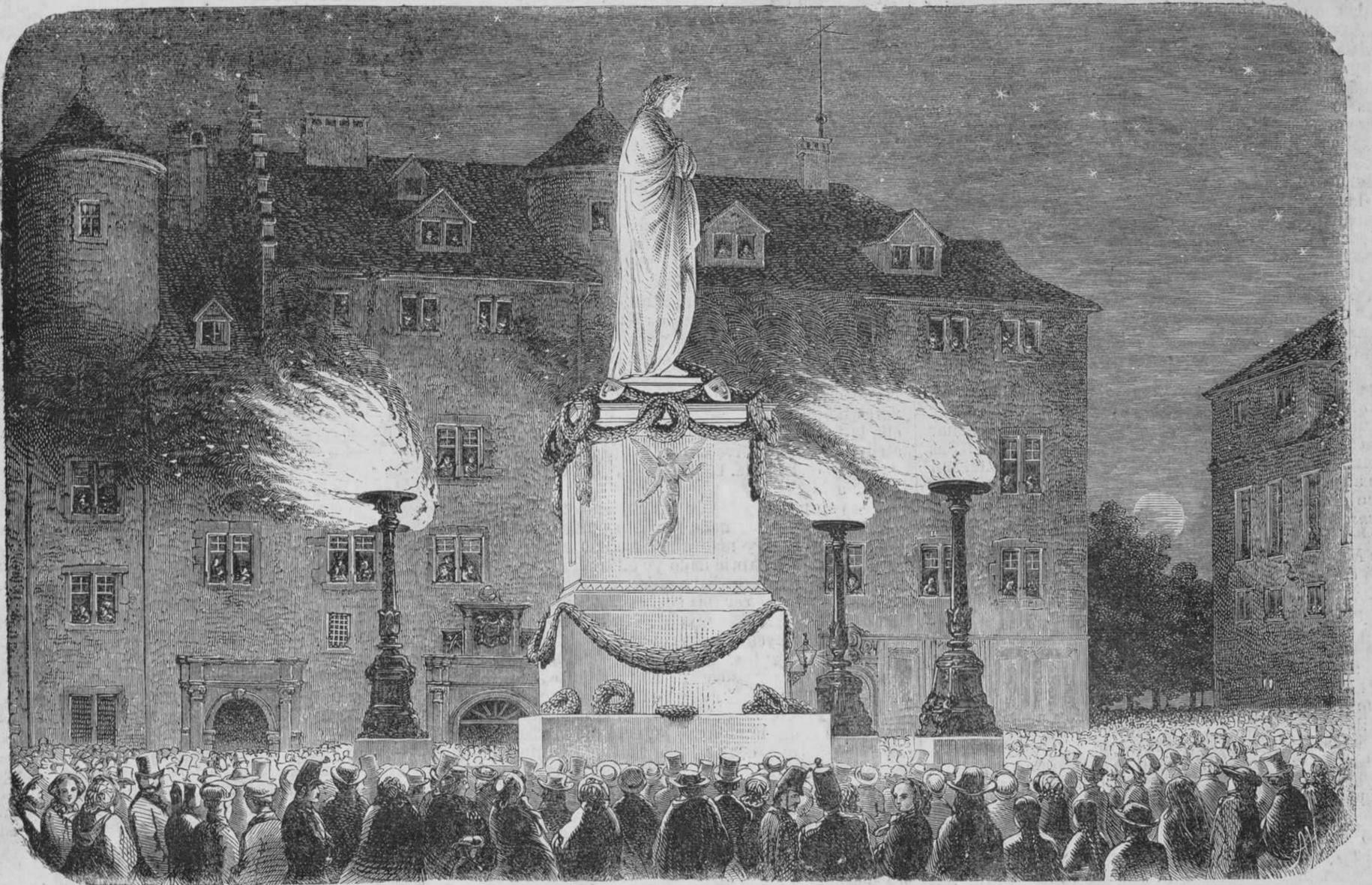
DON CARLOS.



GUILLERMO TELL.



FIESQUE.



LA ESTATUA DE SCHILLER EN STUTTGARD, EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1859.



MARIA STUART.



WALLENSTEIN.



JUANA DE ARCO.

carse cuando se habla de Schiller, ha dicho que cuando se hace de la carrera de las letras lo que hizo Schiller, es la mas hermosa de todas las carreras. Schiller estaba dotado de un gran genio y de la mayor buena fe, cualidades inseparables de la verdadera gloria de un escritor. El pensamiento no puede ponerse al nivel de la accion, sino en tanto que revela en nosotros la imagen de la verdad; y la mentira es mas repugnante aun en los escritos que en la conducta. Las acciones, aun las que son engañosas, son siempre acciones, y sabe uno á qué atenerse para juzgarlas; pero las obras no son mas que un conjunto de palabras vanas, cuando no salen de un corazón sincero. Esta sinceridad de corazón fué la distinción suprema de Schiller. Todos sus escritos son su reflejo. Basta recorrer sus obras para reconocer su corazón en todas sus páginas.

Juan Federico Cristóbal Schiller nació el 10 de noviembre de 1759 en Marbach del Necker, pueblecillo de la Suabia, en el ducado de Wurtemberg.

Su padre era cirujano de un regimiento en el que servía al mismo tiempo como oficial. El niño iba á la escuela en una aldea cerca de Ludwigsburgo, donde su padre ejercía su profesion de cirujano durante la paz. En aquel tiempo, dicen sus biógrafos, era un niño bastante ordinario, muy tímido, débil de complexion, aficionado á la soledad y rebelde á toda disciplina. Tuvo una infancia enfermiza; pero en aquel cuerpo doliente el entendimiento se despertaba con rapidez. Cuando supo leer, el primer libro que cayó en sus manos fué una traducción de Homero. Despues de las primeras nociones que debió al pastor Moser, un erudito de Ludwigsburgo, el profesor Jahn se encargó de instruirle, y bajo su dirección hizo rápidos progresos. Muy luego pudo leer en su lengua á Homero y á Virgilio, sus poetas de predilección. A este saber precoz, pues apenas tenia entonces diez años, vino á unirse una grande exaltación religiosa. Le creyeron inclinado á la carrera eclesiástica, y en poco estuvo que no se consagrara despues á la Iglesia.

Pero ya desde entonces sus inmensas lecturas le llevaban hácia otra vocación. Filosofía, historia, poesía, ciencia, todo lo invadía su afán de saber, cuando la necesidad de hacerse una posición, y probablemente la presión paterna, le hicieron entrar en la escuela militar fundada en Stuttgart por el duque reinante. El favor de ser admitido en un establecimiento ducal que casi era una academia, no le habia seducido; sin duda alguna se aprovechó de la enseñanza sólida y positiva que se daba allí, pero es muy dudoso que aprendiera la medicina y la jurisprudencia; estos estudios especiales no hicieron mas que contrariar sus gustos naturales y exaltarlos despues. ¿Cuántas veces no debió abandonar el código y las matemáticas por otros estudios? Sus primeros escritos, en los que trabajó furtivamente, son de aquella época; eran aspiraciones líricas mas bien que obras, versos mas bien que poemas: la *Tarde*, *Pensamientos*, el *Conquistador*, etc. Al mismo tiempo se preparaba para el drama componiendo los *Estudiantes de Nassau* y un *Cosme de Médicis*, que despues refundió en los *Bandidos*.

Los *Bandidos*, tal es la primera obra inseparable del nombre de Schiller, y que ya (tenia veinte años) no era indigna de su genio futuro; sabida es la emoción que la representación de ese drama produjo en Alemania; lo que se sabe menos quizá es que escribió los *Bandidos* entre dos tesis, una consagrada á la *Filosofía de la fisiología*, y otra á la medicina. Una circunstancia fútil en apariencia y relativa á esta pieza iba á decidir de la suerte de Schiller. Deseoso de verla representar, se fué sin permiso á Manheim, y á su vuelta le impusieron cien días de encierro; además, el duque le prohibió que escribiera en lo sucesivo para el teatro. En vano reclamó, su favor se habia concluido, y entonces dejó la escuela para siempre.

Esta fuga de Stuttgart tuvo lugar en agosto de 1782, y acompañaba á Schiller un músico amigo suyo. La relación de esta escapatoria, que se halló en los papeles de este último, es de un interés novelesco; llegaron á carecer de todo, y les salvó la vida un poco de dinero que les mandó la madre del músico.

Agotado este recurso, Schiller, que acababa de finalizar el drama de *Fiesque*, ofreció el manuscrito al librero de la ciudad en que se encontraba (Meiningen en Franconia), y obtuvo cuatro pesos. Se cuenta que al leer esta pieza, los actores que la oían se durmieron; pero al otro día se despertaron de tal modo, que la aprobaron por aclamación. *Luisa Miller* ó el *Amor y la intriga* fueron representadas por cómicos de la legua dirigidos por Schiller; este rasgo de semejanza tuvo tambien el autor alemán con Shakspeare y Moliere.

Don Carlos fijó el destino de Schiller; su reputación se extendió en Alemania, y por todas partes se le ofrecieron protectores. El duque de Weimar llamó al autor de *Don Carlos* á su corte para oír la lectura de la obra. Su residencia en Weimar tuvo sobre su humor y sobre su genio la mejor influencia; se hallaba entonces en una situación de ánimo dolorosa, por causa de un amor desgraciado, pero que nunca fué culpable. Schiller amaba locamente á la mujer de un amigo; combatió esta pasión y tuvo valor para sofocarla en su corazón; pero se quedó siempre inclinado á esa melancolía cuyo reflejo se ve en todas sus obras.

Schiller emprendió en Weimar sus trabajos mas serios en la sociedad íntima de Herder, de Wieland y de Goethe. Excepto la obra ó el proyecto de obra que le atribuyen sobre el plan de una paz universal, concebido bajo la inspiración de las ideas de Kant, su *Historia de la guerra de treinta años*, y despues la *Historia de la*

revolución de los Países Bajos, son obras menos quiméricas. Una particularidad bastante curiosa es que al mismo tiempo Schiller comenzaba una novela, el *Visionario*, la única que habria salido de su pluma si la hubiese concluido.

El gran éxito de aquellas dos obras, producto de un pensador poeta mas bien que de un historiador, designaban al autor para una cátedra de historia que la amistad de Goethe obtuvo por él. Schiller tenia una posición y se casó. Su hermosa mujer fué el emblema de la Musa que le llevó bajo el velo nupcial nuevas inspiraciones y su corona de obras maestras. El *Campo de Wallenstein*, *Juana de Arco*, *Maria Stuart* y *Guillermo Tell* son títulos gloriosos consagrados por la admiración de todo el universo.

« Los estudios históricos y filosóficos, dice Schlegel, separaron á Schiller del teatro durante algun tiempo, pero en breve volvió á él con nuevas fuerzas. Sus conocimientos se habian extendido y su gusto estaba bien formado; en la tragedia histórica trató de despojarse de su naturaleza individual, para penetrar profundamente en la de su argumento y dar á su imitación una verdad perfecta. »

Wallenstein es mas bien el triunfo del historiador que del poeta; pero *Maria Stuart* es la mas tierna de las novelas dramáticas. *Juana de Arco* es tambien un progreso; es la epopeya en las proporciones de la vida comun, aunque sin perder su anchura de horizonte y su poderoso colorido. *Guillermo Tell* es el brillante mas hermoso de ese gran estuche; en él se encuentra en toda su pureza la poesía de la historia; es la union espléndida de la naturaleza y del ideal, el arte no puede ir mas lejos.

Schiller, admirable entre todos por su genio, no lo era menos por sus virtudes, y madama de Stael ha dicho con mucho acierto que la conciencia era su musa; esta no necesita ser invocada, pues se la oye siempre una vez que ha sido escuchada. Resuelto á no publicar nunca sus obras, las habria trabajado con igual esmero, y jamás ninguna consideración hija del deseo de adquirir gloria le habria hecho alterar sus escritos. Ninguna cualidad faltó á ese talento elevado, dulce y apacible, que solo el genio inflamaba. ¡Qué amor á la libertad! ¡Qué entusiasmo por el arte! ¡Qué simpatía por todos! Fácil seria demostrar que cada una de sus obras maestras corresponde á alguna virtud.

Con tantos derechos á la gloria y tantos títulos para alcanzar la felicidad, ¿se puede decir que Schiller ha sido dichoso como lo entiende el vulgo? Si es cierto que la moderación de sus deseos le hizo insensible á los favores de la fortuna, no es menos triste reconocer que ella le fué ingrata hasta el extremo. Pero no debemos atribuir á este motivo el desaliento en que vino á sorprenderle la muerte. La prueba está escrita de su mano y dice así:

« Las obras maestras de los antiguos me ponen triste; no espero hacer nada igual, por no tener tiempo, pues solo el tiempo madura el trabajo del hombre de genio. ¿Qué no habria dado yo en cambio de estos tres años de ocio, por trabajar mis planes, fortificar mis estudios y ennoblecer mis sueños poéticos? En Alemania es imposible crear una obra literaria que satisfaga á la vez á las leyes severas del arte y á las necesidades materiales del autor. Esto lo he aprendido á mi costa. Desde hace diez años consumo mis fuerzas en alcanzar ese doble fin; acabaré con mi salud y quizá con mi vida. Es una pérdida que me disimulan algunas bellas flores que el destino me arroja, pero la realidad es bien terrible. En una edad en que la vida ostenta todo su esplendor, cuando en vísperas de anudar en mí el lazo que debe unir la imaginación á la razón, me preparaba yo á trazar nuevos surcos en el campo del arte, la muerte me amenaza antes de haber terminado mi tarea. ¡Ah! ¡qué de ilusiones perdidas! »

Schiller murió en Weimar el 9 de mayo de 1805, á los cuarenta y cinco años.

La noticia de su muerte fué recibida en toda la Alemania con gritos de dolor; el gran Goethe, que se enternecía rara vez, no pudo contener sus lágrimas. Hizo á su amigo una ovación fúnebre un poco enfática, que terminaba así:

« Celebremos su felicidad; se ha lanzado en el reino de los bienaventurados desde lo alto de la existencia humana, y ha dejado á los hombres sin dolor; no ha conocido ni los achaques de la vejez, ni la decadencia de las facultades intelectuales. Vivió y murió como un hombre completo; se conservará joven y fuerte en la memoria de la posteridad, pues en esa última forma se reviste el hombre al dejar la tierra, y así se presenta Aquiles á nosotros en todo el brillo de una juventud eterna. Su muerte precoz no ha sido pérdida para nosotros. El soplo de su genio, que nos viene de su tumba, nos santificará al inspirarnos el deseo de proseguir su obra con ardor y resueltamente. Así vivirá eternamente para su pueblo y para la humanidad. »

F. B.

Revista de Paris.

Un viajero parisiense que ha recorrido la Alemania este verano, cuenta con extensos pormenores la siguiente historia: — La Alemania es como la España, un país donde los amantes que se han jurado un amor fiel, esperan platónicamente años y años la realización de sus votos matrimoniales.

Los Estados grandes y pequeños de la confederación ger-

mánica abundan en casos de esta especie. El amor de los novios que se alimenta en la virtud, acepta los vencimientos lejanos.

Una vez hechas las promesas de costumbre y regalado el anillo de los desposorios, les dicen:

— Os casareis dentro de tres ó de cuatro años; y ellos, confiados en la eternidad de su pasión, se resignan á pasar ese tiempo viviendo de dulces esperanzas.

Si es preciso, hasta consienten en separarse y dejar de verse hasta el día de su enlace definitivo; lo cual no les impide amarse con pasión y guardarse mutuamente una fidelidad inalterable durante todo el tiempo que deben pasar separados.

Dos de estos novios interesantes llegaban últimamente á Bingen, con la felicidad pintada en sus semblantes porque habian llegado al término de sus penas.

Viajando juntos sin mentor ni guía, volvian de Holanda con dirección al Palatinado, donde iban á casarse despues de haber sufrido una prueba muy larga.

Llamaremos al novio Frantz y á la novia Lisbeth, dos nombres populares en Alemania.

Los futuros esposos pertenecian á la clase de los que esperan diez años. Cuando los desposaron, Lisbeth tenia quince años y Frantz diez y ocho.

— Os casareis, dijo el padre de la novia, cuando Frantz, que nada posee en el día, haya realizado mediante su trabajo y su industria un capital de doce mil florines, y cuando Lisbeth, que no tiene dote en este instante, haya recogido la herencia de dos tíos que hoy disfrutan de la mejor salud y que deben dejarla una parte de sus bienes.

Frantz, doblegando la cerviz ante la sentencia, habia marchado en busca de la fortuna que creia hallar mas fácilmente en países extranjeros que en su patria, y comenzó á ejercer sus laboriosos talentos en varias ciudades populosas de Francia, de Bélgica y de Holanda.

De tiempo en tiempo escribía respetuosamente á los padres de Lisbeth suplicándoles que abreviaran el plazo.

— Tengo mil florines de ahorros, decia vencido el tercer año; — dos mil, añadía pasado un año mas, y así sucesivamente.

Pero los padres permanecian inflexibles y contestaban: — No es bastante; hemos fijado el guarismo, y no rebajamos nada.

Diez años pasaron de este modo.

Lisbeth habia cumplido los veinte y cinco, y aunque era mayor de edad, ni habia perdido la paciencia, ni habia pensado en rebelarse contra la voluntad de sus padres.

La sucesión estaba ya en su poder, y Frantz habia realizado por fin los doce mil florines deseados.

Nada se oponía pues á su casamiento.

Lisbeth habia salido al encuentro de Frantz hasta Nimega, y subiéndolo el Rhin para pasar á Manheim, se habian detenido en Bingen para hacer de antemano su visita de bodas á varios amigos que tenían en la provincia.

Su entera confianza en el porvenir, sus penosas pruebas, y la solidez de su afecto enternecieron vivamente á las personas del pueblo que quisieron festejarlos espléndidamente.

Casi al mismo tiempo habia llegado á Bingen una condesa rusa aficionada á viajes.

La condesa es una mujer de un carácter excéntrico y de una edad incierta, pero que conserva las apariencias de la juventud y el prestigio de la gracia.

Lleva siempre en su compañía un médico, un secretario y un pianista, y el de mayor edad de los tres no pasa de treinta años.

Un amigo de bastante franqueza la dijo una vez que semejante escolta la comprometía.

— ¿A mí? exclamó la condesa con orgullo; ¿á una mujer de mi clase? ¡Qué locura!

— ¡Oh! repuso el amigo, si se tratara de matrimonio, nadie sospecharía que piensa Vd. en contraer lazos tan desiguales; pero la cuestión es otra.

— Vamos á ver; ¿puedo prescindir yo de un secretario para mi correspondencia, de un médico para mi salud y de un pianista para mi recreo cuando adoro la música?

— Corriente; pero ¿porqué no toma Vd. un secretario de cincuenta años, un médico de sesenta y un pianista...

— De ochenta, ¿no es verdad?

— No, señora; de diez años: es la edad á que tienen mas talento.

— Muchas gracias, no me gustan los niños, y no me agrada tampoco andar con ancianos.

La condesa tiene pues en su derredor los tres señoritos, que no viven en las mejores relaciones, y que se miran entre sí con caras de rivales.

De los tres hay uno que siempre está alegre, otro que está triste, y el otro entre triste y alegre.

Una noche que le tocaba al pianista estar triste, bajó al salón de la fonda Victoria, se puso al piano, y despues de haber ejecutado uno de esos grandes estudios de armonía que hoy están en moda, cantó un aire muy melancólico con una voz de tenor divina.

Los asistentes estaban hechizados, y Lisbeth con la cabeza inclinada en el hombro de su novio derramaba dulces lágrimas al contemplar el rostro encantador del joven músico, y su frente pálida sobre la cual flotaban magníficos bucles de cabellos negros.

Al otro día le suplicó que cantara de nuevo y para ella sola aquella canción que la habia conmovido tan profundamente, y á tal punto hubieron de llegar su enternecimiento y su entusiasmo, que veinte y cuatro horas despues partía furtivamente con el músico, escribiendo á Frantz que habiendo sentido una pasión nueva é irresistible, recogía su palabra y se iba á casar con el artista.

Frantz lloró lágrimas de rabia, y la condesa para consolarle le propuso reemplazar al fugitivo aceptando en su compañía la posición de pianista.

— Lo primero es que no sé música, contestó Frantz.

— No le hace, la aprenderá Vd.: yo pagaré el maestro.

— No me siento con tales disposiciones.
 — ¡Pobre mozo! ¿Y qué piensa Vd. hacer?
 — Volver al Palatinado á buscar otra novia.
 — Y si los padres le piden á Vd. veinte y cuatro mil florines, tendrá Vd. que sufrir otros diez años de expectativa.
 — Los sufriré; respondió Frantz; acabo de cumplir veinte y ocho años.

Estas aventuras, dice al concluir el autor de esta historia, M. E. Guinot, á quien dejamos la responsabilidad de su autenticidad, son muy raras entre los novios alemanes; por eso esta ha producido una gran sensacion en Bingen.

En cuanto á noticias de Paris apenas podemos anunciar otra cosa que la gran fiesta que se prepara en la Opera en favor de la caja de pensiones y retiros de los artistas y empleados del teatro.

Habrà una rifa de objetos preciosos.

Cuenta el corresponsal de la *Independencia belga* que el emperador se hallaba ocupado en su despacho cuando M. Fould le habló por primera vez de la fiesta.

El emperador nada respondió; se contentó con alargar el brazo, y tocando una magnífica copa de plata adornada de pedrerías que estaba sobre la chimenea, dijo:

— Ahí teneis un premio para la rifa.

Tambien han prometido premios el rey de los belgas, el gran duque de Sajonia-Coburgo-Gotha, el rey de Dinamarca, el gran duque de Baden, la princesa Maria de Rusia, el rey de Cerdeña, el príncipe Gerónimo y el príncipe Napoleon.

Todos los que han estado al frente de la direccion de la Opera, han querido regalar un objeto de valor para aumentar el atractivo de la rifa.

El doctor Veron, uno de los mas conocidos, ha sido el primero.

Cuando M. Royer, el empresario actual, se presentó en su casa para hacerle su peticion, M. Veron le hizo entrar en su aposento.

La fiel Sofia, una camarera antigua del doctor, ayudaba á vestir á su ilustre amo.

M. Veron regaló un servicio de té de plata sobredorada de un valor de 3,800 francos.

M. Royer se disponia á salir, cuando Sofia se acercó á M. Veron, y le pidió permiso para regalar un objeto por su propia cuenta.

— ¿Tú tambien, Sofia? exclamó sonriendo M. Veron.

— Sí, señor, respondió ella.

— Corriente, pero ten cuidado con desprenderte de tu fortuna.

M. Royer se volvió á sentar, Sofia se aproximó al bufete de M. Veron, tomó un pliegucillo de papel con las iniciales del doctor, y escribió estas líneas:

« Convido á la persona que gane este autógrafo á comer en casa del doctor Veron el 12 de diciembre próximo, á las siete en punto. Yo haré la comida, y en ella figurarán la codorniz á la Veron, el salmon Marquet, y las famosas costillas de carnero á la Belia. »

La codorniz á la Veron con purée de trufas y de piña, es un gran descubrimiento gastronómico de la época actual, que se debe á Sofia.

M. Royer salió muy complacido con el obsequio de la criada.

Entre los demás ex-empresarios del teatro, M. L. Pillet debe dar un servicio de plata; M. Duponchel un jarron esmaltado; M. Roqueplan una joya de coral y un ejemplar ricamente encuadrado de una de sus obras.

M. Royer dará un cuadro, Rothschild otro cuadro, el señor Aguado una alhaja, y casi todos los abonados han prometido alguna cosa.

Algunos escritores darán autógrafos preciosos, y varios artistas regalarán cuadros. Ya se han recibido muebles, pianos, canapés y bronce.

En suma, la rifa en cuestion será una de las mas brillantes que nunca se hayan visto.

Hé aquí para concluir un rasgo de amistad que merece señalarse.

Benito y Vicente estaban ligados por una estrecha amistad desde su infancia. Hacia veinte años que este afecto reciproco no se habia desmentido, y tal era su fuerza, que habia sobrevivido á un arreglo de cuentas hecho en 1852, y que constituia á Vicente en deudor de su amigo por una suma de poco mas de mil pesos.

Los dos amigos habian sufrido algunas desgracias, y ni aun esta prueba terrible habia podido enfriar sus buenas relaciones.

Sin embargo, en el año actual el interés se atravesó por medio, y Benito recordó que Vicente le debía dinero. Es verdad que este no tenia, pero podia quizá proporcionarse lo que le faltaba por su familia, y el amigo sacó en conclusion que el medio mas seguro para obligarle al pago era encerrarle en la cárcel. Hé aquí su declaracion de guerra:

« Mi querido amigo: Las circunstancias se hacen superiores á mi voluntad, y tengo que renunciar á la solucion con que contábamos para zanjar tu deuda. Acosado por necesidades muy urgentes, me veo en la precision de pedirte mi dinero. Ayer vacilaba aun y no te hablé de nada; pero hoy tengo que obrar de otra manera; he dado orden para que te apremien. No me guía un espíritu de animosidad, sino que lleno un deber sagrado para un padre de familia, y recurriré á todos los medios. Si careces de recursos, ¿porqué no te diriges á tu familia? — Además, ignoro si en el fondo estás tan apurado como aparentas. En todo caso te repito que creo cumplir con un deber imperioso; pero fuera de esta necesidad quedo siendo tu amigo, y estoy dispuesto á servirte. — BENITO. »

Pocos dias despues Vicente estaba citado á comparecer en justicia, pero el tribunal declaró que la deuda no podia considerarse como comercial, y en su consecuencia Benito ha debido renunciar á llevar á la cárcel á su amigo íntimo.

MARIANO URRABIETA.

El palacio de la industria en Madrid.

Los economizadores y los económicos.— Los esterilizadores y los reproductores.— Las economías del tío Carcoma, cuento altamente económico y muy á pelo con su correspondiente moraleja.— La Exposición de 1862 pintada á lo vivo.

Dicen todos que para la eleccion del terreno donde ha de erigirse el Palacio de la Industria, se han tenido en cuenta consideraciones de economía.

Pero no de economía política.

Porque hay muchas clases de economía.

Hay la economía de esas mujeres apreciadas de muy miradas por su casa, y que se llaman á sí mismas economizadoras; porque en lugar de dar cuatro cuartos por una cosa buena, tiran dos para llevarse una mala. ¡Oh! ¡Han ahorrado dos cuartos! ¡Y cómo lo ponderan! Ni mas ni menos que los que ahora exclaman: ¡Se han economizado cuatro millones de reales!

Esas mujeres y estos hombres pertenecen todos á la misma categoría.

Son economizadores. No sabemos si la palabra está bien aplicada; pero ellos se la aplican. Nosotros los llamariamos ruines.

O mejor, ruinas. Porque las traen consigo. Son de los que disipan, por dosis homeopáticas é imperceptibles, es verdad; pero al fin disipan.

Solo atienden á la operacion material y actual de soltar dinero. Para ellos no hay mas allá.

No conocen el mañana, ni siquiera el instante que sigue.

Gastan el dinero fraccionado y no se acuerdan hoy del que dieron ayer.

Pero en fin, pase por economizadores. Lo que no sentiriamos seria llamarlos económicos.

No sabemos qué hay de diferencia de colorido entre ambas palabras que nos hace parecer mas material, mas mecánica aquella; mas noble, mas vital esta otra.

Será que la primera se ha vulgarizado andando por las cocinas.

El presumido de economizador seria capaz de dejarse morir por no dar el importe de una receta.

El económico es el que hace constituir la economía en el orden y en la regularidad bajo todas sus fases.

No hay orden ni regularidad sin relaciones. Estas son á veces mas atendibles que las cosas mismas.

Relacion de tiempo y espacio; esto se le escapa al ruin que solo ve el dinero.

Por eso ignora ó afecta ignorar que la duracion vale dinero.

Cuando compra unos fuelles, cree que solo se pagan los fuelles; pero no los fuelles y su duracion. Despues paga cuatro fuelles en vez de uno.

Tampoco cree que valen dinero la situacion de una cosa, su posicion relativa, su accesibilidad, su visibilidad.

Al rededor de los ruines no se ve mas que miseria y esterilidad.

El que da por una cosa mala dos cuartos, porque no tiene cuatro para una buena, ese al fin es economizador por fuerza y merece una limosna.

Pero el que lo hace sin necesidad, conspira á favor de lo imperfecto de la produccion, mata el espíritu industrial, tiende á crear la miseria y á extinguir el fuego del genio, fomentando todo lo malo con tal que cueste poco dinero, aunque dure poco ó no responda á sus fines.

Debemos pues calificar de esterilizadores á esos seres mezquinos y raquíticos que son tan cortos de vista.

Los hombres verdaderamente económicos son por el contrario reproductores. Cada gasto que hacen tiene su porqué y para qué. Saben apreciar el producto de una cosa en trabajo, duracion y buen servicio. Cuando tiran al parecer dinero en ciertos dispendios que les atraen el dictado de generosos, es porque han medido el alcance de su generosidad y les consta ya que ha de dar estos ó los otros resultados. Saben dar valor á todo lo que lo tiene.

En una palabra, gastan en tiempo, con tiempo y para el tiempo. Es decir, que son oportunos y previsores. Esos nunca se arruinan.

Los mezquinos, por el contrario, ó se arruinan completamente ó mueren en medio de sus tesoros enterrados, que es lo mismo que morir arruinados.

Y si no recordaremos para ejemplo lo que aconteció en cierto lugar de Castilla con un labriego que hoy anda pidiendo limosna, y á quien llaman el tío Carcoma.

Habia heredado muchas pesetas; su padre las habia reunido una por una de un modo muy sencillo: no gastando.

Vivió el padre toda su vida como si no hubiera ganado nada, y murió lo mismo, es decir, tan miserable como el mas desprovisto de fortuna. Este es uno de los fines que puede tener la avaricia. Veamos el que tuvo la parsimonia mal entendida.

El hijo no quiso acomodarse á la vida triste de su padre. Comenzó á comprar tierras para el cultivo; pero tenia tambien su mania.

Muy pagado de sí mismo, se creia hábil y altamente capaz de engañar á todo el mundo en materia de compras. Para eso de comprar barato no habia como él. Decia que hacia él mas con un duro que otro con dos. Siempre andaba buscando los medios de dar por una cosa el menor dinero posible.

Cuando su vecino, el tío Prudencio, compraba una mula en 2,000 rs., motejábale el tío Carcoma en esta forma:

— Pero, zopenco, ¿ha sido Vd. capaz de dar tanto di-

nero por un animal? A mí no me la pegan de ese modo. Cuando tenga Vd. algo que comprar dígame Vd. á mí. Verá Vd. cómo se lo arreglo. Cuatro mulas encuentro yo en lugar de una.

— Buenas serán ellas.

— Lo mismo comen, lo mismo andan que las de Vd.

— Pero no trabajan lo mismo.

— Aprensiones, tío Prudencio. Ya veo que Vd. no mira por el dia de mañana. En estos tiempos es menester ver cómo se da un duro, y si Vd. los da de semejante manera, irá Vd. á parar á un hospital. No me gusta á mí ser despilfarrador.

— Sea Vd. lo que quiera. Yo sé lo que me hago, y si los ahorrillos me han dado hogaño para una mula mas, me encontraré luego este gasto recobrado y otros ahorrillos encima. Usted no entiende de esto, ni puede Vd. entenderlo; porque los roñosos como Vd. tienen una venda en los ojos. Ande Vd., ande Vd. mercado tierras á 50 rs. la fanega, y lo que coja Vd., que me lo claven en la frente.

— Para eso tengo mas tierras que Vd. y me han costado menos dinero, y todos los pocos juntos que cogere en ellas, harán mas monton que lo de Vd., que se tiene por muy perito, y no sabe comprarse un mal calañés. ¿Se acuerda Vd. cuando fuimos á comprarlo juntos á la ciudad? El mío me costó dos reales menos que el de Vd. Y ya ve Vd. que son iguales.

— Es que yo pagué muchas cosas, y Vd. solo pagó el sombrero, de modo que salí ganando.

— ¿Pues qué mas mercó Vd., tío Prudencio?

— Con el mismo dinero compré el calañés, tiempo y zapatos.

— Mentira.

— Me explicaré. Usted para hallar el sombrero mas barato, anduvo trotando todo el dia. Perdió Vd. el tiempo, que yo aproveché en otras cosas y me valió mas de los dos reales, y rompió Vd. tal vez otro tanto en zapatos. Por eso digo muy bien, que por dos reales mas que Vd. compré sombrero, tiempo y un dia mas de zapatos.

— Mire Vd. qué salida. Esas no son mas que agudezas que no me convencen.

— Pero eso no quita que sean verdad. Va mucho de un roñoso á un aprovechado. Usted gasta y yo siembro. Esa es la diferencia, y adios, que no me gusta desperdiciar el tiempo.

El tío Carcoma siguió erre que erre en sus trece. Gastaba cucharas de palo, y entre las que se le quemaban y las que se le rompian salia al cabo del año peor que si hubiera hecho de una vez el gasto para unas de metal. Sus sillas siempre iban á casa del sillero en demanda de composturas. Habia adquirido ropas usadas que tenia que dejar por otras á cada momento. Tenia mulas entecas, y además las queria acostumbrar á no comer. Sus tierras eran las peores del lugar, sus aperos los mas herrumbrosos y carcomidos.

Trató de hacerse una casa, y buscó el local que menos le costase, teniendo que ir á vivir para ello muy lejos y junto á un muladar.

Vinieron las cosechas, y mientras los graneros del tío Prudencio se llenaban, los del tío Carcoma se quedaban desalquilados. Tuvo pérdidas, las mulas se le fueron muriendo, y no de ahitas. Como su casa estaba fuera de mano, una noche le robaron las gallinas, y un dia se la limpiaron de trastos.

Vino á menos, contrajo deudas, y de todo su caudal no le restaba ya mas que la casa. Era su única salvacion. ¡Oh! la casa bien le habia costado de construccion tanto como si la hubiera hecho en medio del lugar. Aquello era todavía para él un capital respetable, y convertida en metálico, segun sus cuentas, saldria de apuros. Quiso venderla, y aquí comenzaron los duelos. ¿Quién habia de desear aquella mansion aislada, indefensa é infecta!

El tío Prudencio se la compró por fin, abonándole tan solo el valor del terreno, que no bastó para los acreedores, demostrándole prácticamente lo que antes no comprendió, la diferencia que hay entre el que escatima y el que aprovecha. Por eso pide hoy limosna el tío Carcoma.

Aplicad el ejemplo vosotros los que haceis consistir la economía en gastar de menos, cuando á veces consiste en gastar de mas.

V. GUIMERA.

TERESA HERMANN.

(Continuacion.)

— Pareceis pensativa. ¿Estais descontenta? preguntó Gustavo.

— No por cierto; únicamente este cambio de fortuna me asusta, dijo la jóven con un suspiro.

— ¿Porqué esas alarmas cuando todo nos promete los dias mas dichosos?

— ¿Qué quereis? amigo mio, creo que es preciso acostumbrarse á la felicidad para creer en su duracion.

— Pronto tomareis esa costumbre. Teneis una habitacion de princesa, prosiguió Gustavo al cabo de una pausa.

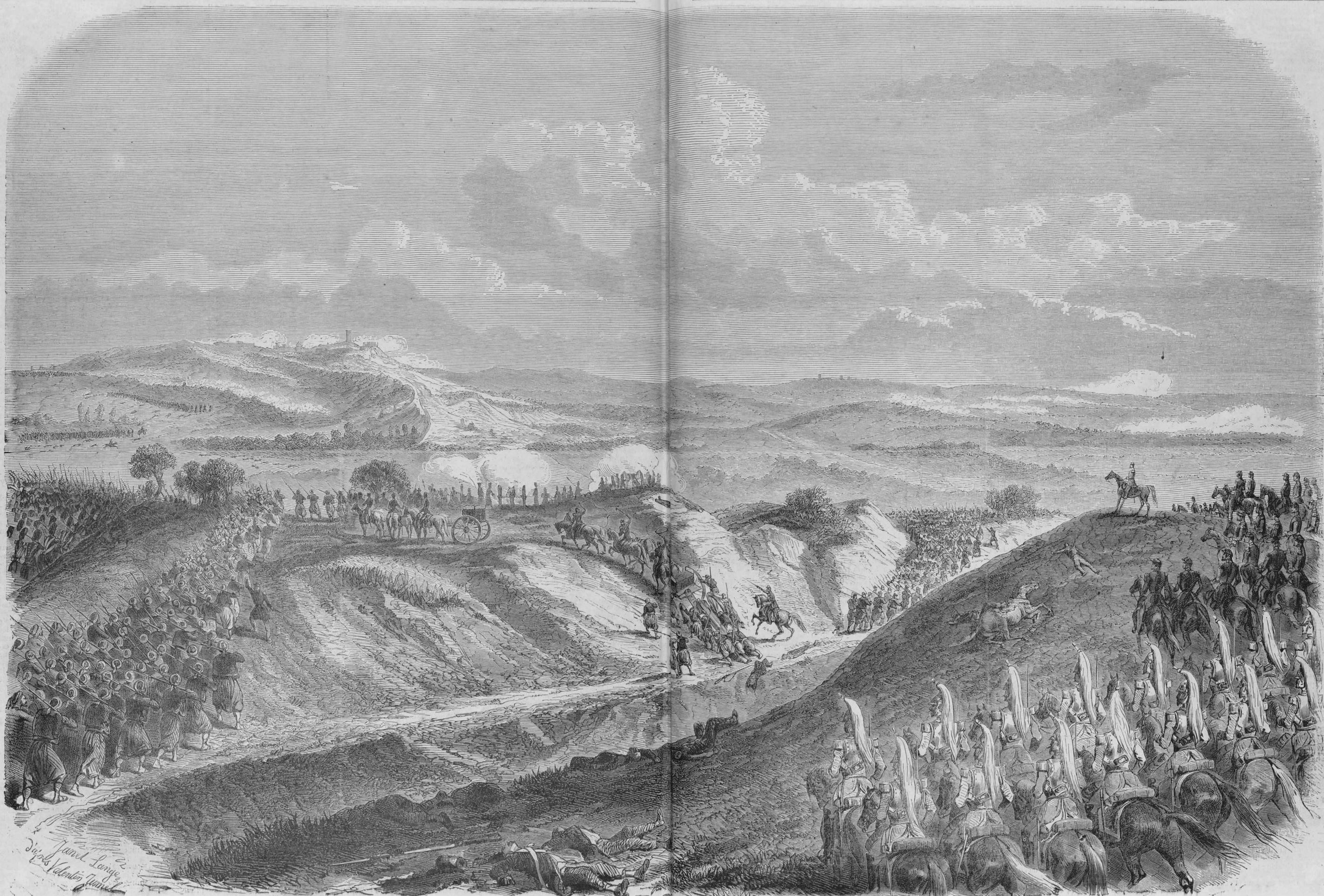
— Sí, pero no estoy contenta aquí.

— Mirad esos muebles espléndidos, esos dorados, esos cuadros.

— ¡Ah! ¡los cuadros!...

La jóven volvió la cabeza sonrojándose.

Gustavo examinó los cuadros y exclamó con una voz indignada:



*J. L. Londe
 J. Valentin Londe*

RECUERDOS DE LA GUERRA D ITALIA. — LA BATALLA DE SOLFERINO. — S. M. EL EMPERADOR EN LAS BATERIAS AVANZADAS. — (Del album de S. M. el emperador.)

— Efectivamente, esas pinturas son un ultraje al pudor.

Y desvainando el sable atravesó el lienzo que tenia mas á la mano.

— ¿Qué haceis? exclamó Teresa espantada; ¿olvidais que esa temeridad puede perdernos?

Pero sin hacer caso de estas palabras, el fogoso oficial continuó su obra de devastacion.

— ¡Se hizo justicia! exclamó cuando hubo concluido su tarea.

— ¡Dios mio! compadeceos de nosotros, exclamó la jóven.

— No tengais cuidado, yo respondo de todo.

— ¿Cómo?

— Yo respondo de todo. Retiraos y descansad, repuso el jóven despidiéndose de Teresa.

V.

Esta escena de violencia dejó á la jóven sumergida en un estupor profundo. Las palabras de Gustavo le parecian mas extrañas aun que su conducta. Un arrebató de ira hace cometer á veces una accion imprudente; pero ¿porqué Gustavo en lugar de temblar parecia no temer las resultas de lo que habia hecho? Sin duda habia temido asustarla y por eso habia fingido aquella seguridad. Teresa le agradecia esta delicadeza con respecto á ella.

A la otra mañana los cuadros mutilados habian desaparecido, y esto aumentó la zozobra de la jóven. La reina la llamaria, la haria sufrir un interrogatorio, quizá la arrojaría de palacio. ¿Y qué castigo esperaba al culpable? ¿No seria degradado, no seria encerrado en un calabozo?

— ¿Qué noticias traeis? preguntó Teresa á Gustavo cuando le vió entrar.

— La reina me ha perdonado, se ha hecho cargo de mi indignacion...

— ¿Es verdad lo que decís?

— Sin duda alguna; os aseguro que nada tenemos que temer de su resentimiento; si tuvo un momento de cólera, ya está calmada.

El rostro de Teresa tomó al punto una expresion de júbilo, y tendiendo la mano á Gustavo con la gracia seductora que saben dar las mujeres enamoradas á todas sus acciones, le dijo:

— ¡Dios ha escuchado mis plegarias!

— Los ángeles nunca piden en vano.

VI.

A medida que se familiarizaba con la jóven, Gustavo se hacia mas expansivo. Teresa no le amaba con menos ardor; pero como sabia contenerle en los límites del respeto que debía á su futura esposa, él se quejaba amargamente de sus escrúpulos y de su crueldad.

Un dia la reina llamó á Teresa, aunque esta no habia recibido aun sus vestidos de córte.

— ¿Estais contenta en palacio? la dijo con acento benévolo.

— Sí, Señora.

— ¿Y lo estais tambien con las personas que os rodean?

— Igualmente.

— He dado órden para que permitan á Gustavo la entrada en vuestra habitacion.

— Los beneficios de S. M. no se dirigen á una ingrata.

— Así lo creo... ¿Y veis con frecuencia á Gustavo?

— Sí, Señora.

— ¿Es bien sincero su amor?

— Todo me induce á creer que lo es.

— En cuanto al vuestro...

Teresa se puso encarnada como una cereza.

— Me interrumpo; esa emocion es una confesion elocuente. Gustavo, prosiguió la reina acentuando sus palabras, tiene cuanto hay que tener para agradar y sabrá hacerse digno de la preferencia que le acordais. Es un hombre de porvenir; os prometo que no pasara mucho tiempo en los grados inferiores, y cuando llegue á capitán tendré un gusto particular en que os caseis con él.

— ¿Y cuándo será capitán? preguntó Teresa.

— Dentro de dos años.

— ¡Dos años! repitió la jóven con una sorpresa dolorosa.

— ¿El plazo os parece muy largo?

— Creia... esperaba...

— Es de rigor, interrumpió la reina con voz mas alta, que los oficiales de su cuerpo permanezcan solteros hasta que hayan obtenido el mando de una companía.

Teresa guardó silencio; bajó la cabeza y sus ojos se humedecieron de lágrimas.

— ¿Porqué llorais? preguntó la regente.

Y continuando con mas dulzura:

— Segura de casaros mas tarde con Gustavo ante los hombres, ¿quié nos impide casaros entre tanto á la faz del cielo?

— ¡Ah! exclamó Teresa.

— ¡Pobre niña! prosiguió la reina; de poco se asustais; yo no sé si en vuestro lugar...

— V. M. se calumnia.

— No por cierto, pero al cabo y al fin, haced lo que querais; exclamó la reina con indiferencia.

Teresa á una señal de la reina se retiró penetrada de

dolor, no tanto porque veia aplazada la realizacion de su casamiento, como por el lenguaje y los pérfidos consejos de la reina.

Cuando vió á Gustavo le participó la causa de su turbacion. Gustavo censuró con energia los discursos de la reina, pero en cambio se mostró casi insensible á la relacion de los obstáculos que se oponian á la conclusion inmediata de su casamiento.

Sorprendida Teresa le preguntó:

— ¿Lo sabiais ya?

— Sí, respondió Gustavo; en otro caso, añadió acercándose á la jóven con ternura, no os suplicaria tan ardentemente que pusiérais un término á mi martirio.

Y Gustavo de rodillas dejaba á sus ojos el cuidado de decir lo que callaba su boca. Pero tambien esta vez Teresa encontró fuerza para resistir á sus súplicas.

VII.

«No se debe acordar nada á los sentidos con la reserva de negarles algo;» reflexion filosófica del siglo XVIII, que ha sido una verdad en todas las épocas.

La coqueta al excitar los deseos que nunca querrá satisfacer, se cubre de oprobio y de vergüenza. La mujer de corazon recto y generoso que concede un favor, acabará bien luego por concederlos todos.

Teresa tenia el corazon recto y generoso.

VIII.

Poco tiempo despues Teresa quedó instalada oficialmente en sus funciones de lectora. Las camaristas pasaban delante de ella; pero iba al igual de las damas de companía.

La hermosura de Teresa hizo la admiracion de los hombres y la desesperacion de las mujeres.

Entre los cortesanos que se arrastraban ordinariamente por las gradas del trono, la lectora reconoció un dia con sorpresa al misterioso anciano de quien hemos hablado al principio de esta historia.

Este personaje hizo una señal de inteligencia á la jóven, y acercándose á ella la dirigió maliciosamente algunas palabras á las cuales Teresa no respondió.

— ¿No os acordais de mí? la preguntó.

— Sí por cierto, murmuró Teresa un poco confusa; pero vuestro modo de obrar... y luego no esperaba veros en este sitio...

— ¿Os sorprende? exclamó el anciano con una risa satánica; pues todavía os esperan otras sorpresas.

Estas últimas palabras acabaron de confundir á la jóven. ¿Qué significaba aquella confidencia á medias?

Gustavo, sin entrar en ningun detalle, dijo á la jóven que su interlocutor se llamaba Bruhlen; que tenia una reputacion detestable, y que hacia ella muy bien en no dirigirle nunca la palabra.

— ¿Si adivinaria bien mi padre? pensó Teresa recordando la impresion que le produjo al tabernero la vista de Bruhlen.

Habia aquella noche un baile de máscaras en la córte, y Teresa deslumbrada en un principio por el esplendor de un espectáculo tan nuevo para ella, principiaba á contemplar la fiesta con menos atencion cuando vió pasar repetidas veces á su lado á un hombre alto que queria reconocerla bajo la media careta de terciopelo que llevaba.

Este hombre enmascarado tambien vestia un dominó negro.

Una hora despues, cuando ya Teresa se lisonjeara de haberse desembarazado del importuno, oyó pronunciar su nombre entre la muchedumbre. Un movimiento de cabeza involuntario la descubrió, y el hombre en cuestion que la habia tendido aquel lazo, se llegó á ella y la llevó á un salon que estaba casi desierto.

— Habia contado yo con vuestra inocencia, la dijo.

Y sin dar tiempo á la jóven para reponerse, añadió en voz baja:

— Podeis salvar al rey ó perderle.

— No os comprendo.

— La suerte de la Suecia está en vuestras manos.

— ¿Cómo?

— Si usais de vuestra influencia sobre el ánimo de Carlos XII para inducirle al bien...

— Caballero, interrumpió la jóven, el carnaval os da derecho para chancearos, pero...

— Hablo seriamente.

— Entonces os engañais.

— No por cierto. ¿No sois Teresa Hermann?

— Sí.

— Pues no me cabe duda.

— Explicaos.

— Sois la querida del rey.

— ¡Caballero!

— ¿Lo ignorais por ventura?

— ¡Si lo ignoro!... exclamó Teresa espantada... Scis un calumniador; el hombre á quien yo amo, con quien debo casarme, es un jóven oficial...

— ¡Pobre jóven! interrumpió el desconocido; los miserables se burlan de ella.

— ¿Qué miserables?

— La regente y Bruhlen, su espíritu maléfico.

— ¡Gran Dios! exclamó Teresa abatida.

— La ambiciosa Eduvigis, aprovechando las indignaciones del confidente de sus criminales esperanzas, os ha hecho arrebatarse de los brazos de vuestro padre para lanzaros en los de su nieto, cuyos desórdenes fomenta

para dominarle con mas seguridad, para hacerle insoportable el ejercicio de un poder que ella quiere conservar toda su vida.

— ¿Qué oigo?

— La verdad.

— Pero...

— Ahora bien; si en lugar de ser la ruina de este pais, consagrais todos vuestros cuidados á ser la providencia de él, os está reservado un papel magnífico.

— ¿Qué debo hacer?

— Obrar segun las circunstancias lo exijan, estudiar el carácter de Carlos XII.

Y luego despues de una pausa durante la cual la jóven se cruzó de brazos mirando al cielo, el desconocido añadió:

— Nos observan.

— ¿Quién sois? preguntó Teresa con una voz febril.

— Un proscrito.

— ¿Vuestro nombre?

— ¿Qué os importa saberlo?

— ¿Y qué motivo tenéis para callarle?

— ¿Me denunciareis?

— Jamás, lo juro.

— ¿Y salvaréis al rey?

— Le salvaré si prestais á mi juventud el apoyo de vuestra experiencia.

— ¡A la gracia de Dios! exclamó el hombre enmascarado.

Y descubrió á Teresa los medios de verle.

IX.

Teresa no se abandonó á su desesperacion despues del baile; sus ojos brillaban con un fuego siniestro; mil pensamientos confusos se entrecrocaban en su mente; mil proyectos de venganza hervian en su cerebro.

Sin embargo, queria cumplir su promesa, queria salvar al rey, es decir, á la Suecia, que gemia bajo el yugo vergonzoso de una mujer indigna.

Hemos dicho que Teresa era entusiasta, susceptible de exaltacion, y que comprendia en toda su extension lo que hay de sublime en todo sacrificio. Su imaginacion se inflamaba con la idea de la tarea gloriosa que iba á emprender, y su corazon latia con violencia al pensar en los peligros de la patria.

En cuanto tuvo un instante de libertad corrió á ver al hombre que despues de haberla ilustrado sobre su situacion, debia guiarla en la via peligrosa por donde deseaba entrar cuanto antes.

TERCERA PARTE.

I.

Al dia siguiente de aquel en que Teresa se habia puesto en relacion con el proscrito, Carlos halló á la jóven brillantemente engalanada. Iba peinada á la moda francesa, y en el cuerpo de su vestido de raso blanco resplandecian tres hermosos zafiros que debía á la munificencia de la reina.

— ¿Qué prendido! exclamó Carlos no menos sorprendido que deslumbrado; ¿á quién esperais á estas horas? ¿á la reina?

— No, espero al rey.

— ¡Al rey!

— Sí, á S. M. Carlos XII, que bajo el nombre de Gustavo se ha introducido en una honrada familia.

— ¿Estais loca, Teresa?

— No por cierto.

— ¿Cómo habeis sabido?...

— Eso nada importa; todo lo sé.

— ¿Y quién ha tenido la audacia de revelaros ese secreto?

— Le he sorprendido yo. Habiendo tenido ayer la curiosidad de asistir á la revista de la caballería, marché furtivamente al campo de maniobras pensando que os veria. Pero no fué así; noté que no figurábais en el número de los oficiales presentes, y me volvia pensativa cuando de repente oí los gritos de ¡Viva el rey! Volví la cabeza, y entonces...

— ¡Teresa! interrumpió Carlos; soy muy culpable.

— No os ocultaré, continuó la jóven, que ese descubrimiento me causó al pronto un dolor agudo; pero reflexionando bien, hallé una explicacion á vuestra conducta.

— ¿Cuán buena sois!

— Me dije que un soberano que quiere estar seguro de que le aman, tiene que ocultar su condicion para ponerse al nivel social de la mujer cuyos favores solicita.

— ¡Ay! Es verdad.

— Pues bien, Carlos, repuso nuestra heroína con una sonrisa equívoca, debeis estar satisfecho; Teresa amaba demasiado á Gustavo para no amar al rey.

— El cielo te colme de sus dones.

— ¡Ojalá me conceda largo tiempo la facultad de agradarte.

— ¡Siempre!

Y Carlos de rodillas delante de su amante que iba á ser suya sin vergüenza y sin remordimientos, se decia el mas feliz de los hombres, en tanto que la pobre jóven enjugaba las lágrimas que caian de sus ojos.

Ha llegado el momento de explicar quién era Bruhlen.

Bruhlen que pasaba por un sabio, había sido encargado por S. M. Carlos XI de educar y de instruir á su hijo, y habiendo desempeñado su tarea con entera satisfacción del rey, Bruhlen fué nombrado ayo del joven Carlos XII.

A la muerte de Carlos XI la regente, despues de haberse aconsejado de sus partidarios mas adictos, confirmó á Bruhlen en su empleo con la condicion de que se empleara en hacer triunfar sus ambiciosos designios.

Bruhlen, hombre ilustrado pero de corazon corrompido, accedió á los deseos de la reina, y desde entonces había usado de la influencia que ejercía sobre su discípulo para inspirarle el amor á la disipacion. Sabido es que estos vicios no estaban en el carácter de Carlos XII, cuya austeridad precoz é indómita energía habían admirado á su padre; pero la cláusula del testamento real que retardaba la mayoría del príncipe, favoreció los manejos de Bruhlen.

Con efecto, Carlos XII, injustamente alejado del trono, concibió un violento despecho que su ayo quiso explotar á su manera.

— Mientras esté permitido á V. M. el dar rienda suelta á su actividad en los campos de batalla, le decia el traidor, paréceme que debería divertirse un poco corriendo aventuras; no hay peor mal que el aburrimiento.

— Yo no me aburro aun.

— No tardará en llegar el dia.

El dia llegó en efecto, pues Carlos al cabo de poco tiempo participó completamente de la opinion de Bruhlen, quien despues de haber tratado en vano de interesar á su discípulo con alguna de las damas de la corte, emprendió la tarea de hacerle conocer á Teresa Hermann, cuyos hechizos ponderaban cuantos habían tenido ocasion de conocerla.

Ya hemos hecho la historia de los acontecimientos que siguieron.

III.

Este triunfo valió muchas felicitaciones á Bruhlen, quien en breve á fuerza de astucia llegó á ser el hombre indispensable de la reina. Promovedor de una intriga cuyas diferentes fases seguía con la mayor atención, nada se le escapaba, y en cuanto se producía un nuevo incidente, al instante daba parte á la reina que le ayudaba con sus consejos y sus órdenes.

Gracias á su fiel servidor, la reina quedó instruida inmediatamente de los hechos que acabamos de contar. Despues de algunos minutos de deliberacion, Bruhlen se retiró, y Teresa fué llamada al cuarto de S. M.

La joven temió al entrar que no podría contener la explosion de su ira; pero poco á poco se repuso y su rostro apareció casi risueño.

— En hora buena, hija mia, la dijo la reina; temia veros llorando.

— ¿Y porqué?

— Segun la escena que acaba de pasar.

— No es fácil ocultar nada á la reina, exclamó Teresa.

— Es imposible.

Y luego añadió con bondad:

— ¿Qué favor deseais de mí? Hablad, hija mia; nada puedo negaros.

— Y yo nada tengo que pedir, respondió Teresa con orgullo.

— ¿Cómo!

— ¿No es tanto como la reina la favorita del rey?

— ¿Tanto como la reina?

— Me engaño, repuso la joven, es superior á la reina en toda la distancia que separa el amor de la amistad.

La reina saltó como una fiera que se prepara á caer sobre su presa.

— Pero tranquilizaos, prosiguió la joven; no desartaré yo la causa de V. M., y me consideraré dichosa si por mi adhesion logro un dia pagarla toda la gratitud que la debo.

— ¡Noble joven!

— Os debo todo lo que soy; ¿qué honor mayor me podia estar reservado? añadió Teresa sonrojandose de vergüenza.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la reina, que seducida con tanta sumision mandó sentar á la joven á su lado, y no vaciló mas tiempo en confiarla los secretos de su tenebrosa politica.

Teresa prometió á S. M. que se consagraria al triunfo de su empresa, y la reina en cambio de esto prometió á la joven asegurarla un porvenir como nunca habría podido figurarse ni aun en sueños.

IV.

Los caprichos de la fortuna nunca cogen desprevenidas á las mujeres; que saben cambiar de espíritu y de maneras al mismo tiempo que cambian de posicion, y tan perfectamente, que á veces no las reconocen ni aun sus amigos.

Al cabo de ocho dias Teresa era ya otra mujer. Su frente ya no enrojecía, y al pudor, á la timidez y á la reserva que la distinguían antes, habían sucedido la coqueteria y el abandono.

En cuanto se veía sola con Carlos, desplegaba sin

turbacion aparente todas las gracias y todas las seducciones que debía á la naturaleza. Para decirlo todo de una vez, la mas virtuosa y casta de las mujeres se había convertido en la mas adorable de las cortesanas.

Carlos al mirar á Teresa, al oír la hablar, se creía trasportado al pais de los sueños. Permanecía inmóvil y silencioso, temiendo que su adorada vision no se desvaneciera al menor ruido, al primer ademán que demostrara el arrobamiento de su alma, y cuando adquiría la prueba de lo contrario, se volvía loco de felicidad y de alegría.

A falta de experiencia Teresa tenia el instinto revelador y el sentimiento verdadero de las situaciones. Hasta aquel tiempo Carlos la había amado sin duda, pero con ese amor que neutraliza con frecuencia la facilidad de la que le inspira. Ahora era preciso que él la amara con pasión, con delirio, con frenesí. Era preciso que viera solo por sus ojos, que oyera solo por sus oídos. Era preciso que no tuviera mas voluntad que la suya, que renegara de su pasado, que la hiciera el sacrificio de sus apreciaciones personales, de todo aquello que había considerado bueno y justo desde la infancia.

Para alcanzar este resultado, Teresa estaba resuelta á todo; pues encargada de una mision providencial, tenia poco que temer de los hombres y mucho que esperar de Dios.

V.

Al cabo de un mes de coqueterías indecibles, de complacencias que conceden mucho y dejan mucho mas que desear todavía, Teresa juzgó que el amor de Carlos estaba en su apogeo, y que había llegado el instante de ponerle á prueba.

— ¿Me quieres? le preguntó Teresa.

— Como el avaro su tesoro, como el capitán su espada y como el puritano su honra.

— ¿Dices la verdad?

— ¿Te he dado derecho para que pongas en duda lo que afirmo? ¿No soy el amante mas tierno, el esclavo mas humilde?

— Sí; pero...

— ¡Reticencias! Vamos, explícate, y pronto disiparé tus dudas.

— ¿Y porqué si me amas tanto como me dices, murmuró la joven, porqué me robas la mayor parte de tus instantes?

— Si quisieras contar...

— Cuento divinamente, y considero muy feliz el dia en que te dignas consagrarme cuatro ó cinco horas.

— Esa reconvenccion me lisonjea.... No debo quejarme...

— Pues yo me quejo de esa falta de consideracion, de ese crimen de amor.

— ¡Oh!

— Teresa, repuso Carlos, te amo con toda mi alma, y estoy dispuesto á probártelo; pero no ignoras que hay deberes...

— ¡Deberes!

— Que un príncipe no olvida jamás impunemente, continuó el joven. Es preciso que yo haga maniobrar las tropas, que me ejercite en el mando, que me inicie en los asuntos del Estado que debo dirigir un dia...

Teresa se encogió de hombros.

— Entre todos los deberes, exclamó ella, el mas imperioso es el del amor. ¿Acaso no olvido yo mis deberes viviendo en este palacio? ¿Por ventura el pensamiento del deber encadena mi libertad ni contiene el impulso de mi corazon?

— Pierdes el juicio.

— Los que le conservan como vos tienen poca ternura.

— Teresa...

— Ahora mismo me vais á dejar...

— Tengo una revista.

— ¡Os aborrezco con el uniforme!... Pero haría mal en deteneros, añadió levantándose; id con vuestros soldados á recibir las ovaciones de vuestros súbditos, cuyo amor preferis al mio.

— Teresa, repuso Carlos muy conmovido, pídemelo...

— Nada.

— Pídemelo todas las riquezas.

— No me hace falta oro, lo que quiero es tu corazon...

— Te pertenece sin reserva; pero te repito que mi posicion me obliga á ciertas cosas. La Suecia tiene fijos los ojos en mí, espera mucho de mi valor, de mi exactitud, de mi virtud.... No puedo hacer traicion á sus esperanzas...

— Menos os cuesta engañar las mías...

— ¡Ah! Teresa, exclamó Carlos, no me dejes marchar con la idea de que estarás triste en mi ausencia.

— En suma, respondió Teresa al cabo de una pausa y con acento resuelto, soy muy necia en tener tanto amor á quien me tiene á mí tan poco.

Carlos vaciló un momento, y luego temiendo sucumbir, volvió la cabeza y huyó sin decir una palabra.

VI.

Durante dos dias Teresa guardó mucho rencor á su real amante, quien para obtener su perdón, debió prometer que en lo sucesivo tendría mas deferencia y docilidad.

La joven no hubo de esperar mucho tiempo para suministrar á Carlos la ocasion de cumplir su palabra.

— ¿No te parece, le dijo un dia, que sería mas

completa nuestra felicidad si olvidásemos menos el pasado?

— ¿Qué quieres decir?

— Que somos ingratos con la reina.

— ¿No la has dado las gracias?

— Por mi parte he cumplido, si ella no es exigente pero ¿y tú?

— ¡Oh! Yo, nunca.

— Haces mal.

— La reina es mi enemiga.

Teresa permaneció silenciosa.

— ¿Qué tienes? la preguntó Carlos.

— Llamas tu enemiga, murmuró la joven con un suspiro, á la que protege nuestros amores.

— ¡Ay! Teresa, ¡si supieras quién es esa mujer!

— Todos sus defectos desaparecen á mis ojos.

— Hablas como una criatura.

— Hablo como una mujer enamorada; y si quieres darme gusto, irás hoy mismo á ver á la reina.

— ¿Y para qué?

— Para darte una prueba de tu respeto y gratitud.

— Es imposible.

— ¿Y tus promesas?

— ¿Mis promesas?

— Sí, tengo buena memoria; ¿no te acuerdas ya mas?...

— Iré, interrumpió Carlos estrechando la mano á la joven.

— Tengo otra gracia que pedirte. Bruhlen...

— En cuanto á ese...

— Ha sido el brazo que ejecuta, y en buena justicia...

— En buena justicia, exclamó Carlos, merece ser ahorcado.

— ¿Sin duda porque te ha hecho conocerme?...

— Otro en su lugar...

— Puede ser; pero como no se ha recurrido á ese otro, preciso será recompensar á Bruhlen.

— ¡Recompensar al espía de la reina! Un tunante, un miserable cuyos intereses están en oposicion con los míos.

— Ese hombre nos ha servido.

— ¿Qué me importa?

— Carlos, repuso la joven con zalamería, no cedas á pensamientos vengativos. Yo quiero que seas grande y glorioso; un príncipe no puede tener deudas con nadie, y ya que Bruhlen es nuestro acreedor...

— ¿Qué deseas que haga?

— Bruhlen aspira á consejero. Sé de seguro que la reina le daría gustosa esta prueba de estimacion y afecto; pero la detiene una dificultad, y es la de descontentar á algunos.

— No es mujer que se acuerde para nada de la opinion.

— Se acuerda no obstante en lo que toca á Bruhlen, cuyo nombramiento hecho á petición tuya obtendría la aprobacion general.

— Con que deseas que yo... no puede ser, exclamó Carlos interrumpiéndose.

— ¿Cómo?

— No puede ser, repitió el joven frunciendo las cejas; yo no podría sin faltar á mi dignidad, á mis principios...

— Carlos.

— No insistas. Iré á ver á la reina y la daré las gracias; pero me repugna solicitar nada para un pícaro; este sacrificio es superior á mis fuerzas.

— Está muy bien, dijo Teresa picada.

— Si me conocieras mejor, repuso Carlos cambiando de conversacion, te darías por satisfecha, pues tú sola podías determinarme á presentarme ante la regente.

VII.

Si Carlos XII hubiera sido un hombre ordinario, enamorado como lo estaba, se habría sometido ciegamente á las voluntades de Teresa. Pero Carlos desde su edad mas tierna se había trazado una linea de conducta de la cual le costaba mucho desviarse, y cuantas veces debía hacer á la joven una concesion culpable á sus ojos, se sonrojaba de su flaqueza; su fuerte naturaleza se sentía humillada.

Cuando Teresa hallaba á su amante demasiado hostil á sus proyectos, fingía abandonarlos, pero los reservaba para circunstancias mas favorables.

Temiendo haber abogado con exceso en favor de Bruhlen; temiendo haber llegado demasiado lejos en exigencias inexplicables é injustificables, la joven se había condenado al silencio, y hacia tres semanas que iba retardando de dia en dia el momento de romper nuevas lanzas en favor de su indigno protegido.

(Se continuará.)

Recuerdos de Taití.

(Ultimo artículo.)

Al cabo de algunos años de disensiones y de luchas se resolvió la cuestion del protectorado de la Francia sobre las islas de la Sociedad en favor de la ocupacion francesa, sobre las cumbres de las montañas de *Fautahua*, gracias al valor de algunos hombres hábilmente dirigidos, á los cuales se han unido unos veinte indios auxiliares bajo las órdenes de *Taraha Tariirri*, el mas intrépido de los guerreros de la Oceanía.

Seguramente nadie se acuerda ya de aquel golpe de mano atrevido, cuyo buen éxito no quisieron creer los oficiales de la marina británica presentes en Taiti á fines de 1846, hasta que vieron ondear la bandera francesa en una posición que habían considerado siempre como inexpugnable.

Fautahua era el foco de resistencia de los insurrectos de Taiti; con esa posición lo perdieron todo; los distritos se rindieron á discreción, los fuertes fueron desmantelados por los mismos que los habían levantado, y los jefes, procediendo en persona al desarme de sus hombres, entregaron las armas y municiones. Pomaré desengañada al fin, se aprovechó de la estupefacción en que aquel triunfo acababa de sumergir á sus directores políticos, para hacer una sumisión que habría sido más meritoria en otras circunstancias. Sin embargo, los vencedores no abusaron de la victoria; sabían que los verdaderos culpables se escaparían; y se limitaron á exigir de la reina de Taiti que se desprendiera de sus consejeros más peligrosos y la devolvieron las únicas cosas que lloraba de su poder real; su casa de madera y su libertad.

El primer uso que Pomaré-Vahiné (1) hizo de su poder, fué convocar inmediatamente á todo el pueblo á una gran fiesta conmemorativa de la restauración. El uso exigía que fuese así, pues nunca se verifica en el archipiélago de la Sociedad el advenimiento ó el restablecimiento de un soberano, sin que se celebren grandes fiestas.

No tratamos de hacer la descripción de todas las que hemos visto; en cuanto á la forma ofrecían entre sí la mayor analogía; solo se diferenciaban por la natura-

(1) *Vahiné* en lengua taitiana significa *mujer*. Esta calificación añadida al nombre de *Pomaré* es para distinguirla de los tres Pomarés que reinaron antes; su abuelo, su padre y su hermano.

leza del objeto ofrecido ó por la circunstancia que motivaba el presente. Entre estas ceremonias que tienen distintos nombres, citaremos las siguientes:

El *Taran* que solo tiene lugar en honor del *Arii* (rey ó reina);

El *Maa-ata'o*, que consiste en ofrecer un presente de víveres á los forasteros de distinción que llegan á un distrito;

distancia, destinadas á componer la contribución del distrito. Las mujeres y los niños tejían con una destreza maravillosa los cestos de hojas de coco, cortaban y adornaban con dibujos extraños los vestidos de fiesta llamados *pupupu*, y hacían en un instante las coronas y los cinturones de follaje con que se adornan con una gracia inimitable. En otro tiempo unían á estos adornos los *fau* y los *taumi*, aderezos originales que es dili-

El *Poropae*, ofrenda particular de cada distrito á los grandes personajes que recibe el *Arii*;

El *Humaha-puaa*, presente que consiste en provisiones de toda clase para el jefe recién elegido;

El *Ahu-oto*, ó entrega solemne de cierta cantidad de tela al *Arii*, cuando se detiene en un distrito que no es el de su residencia;

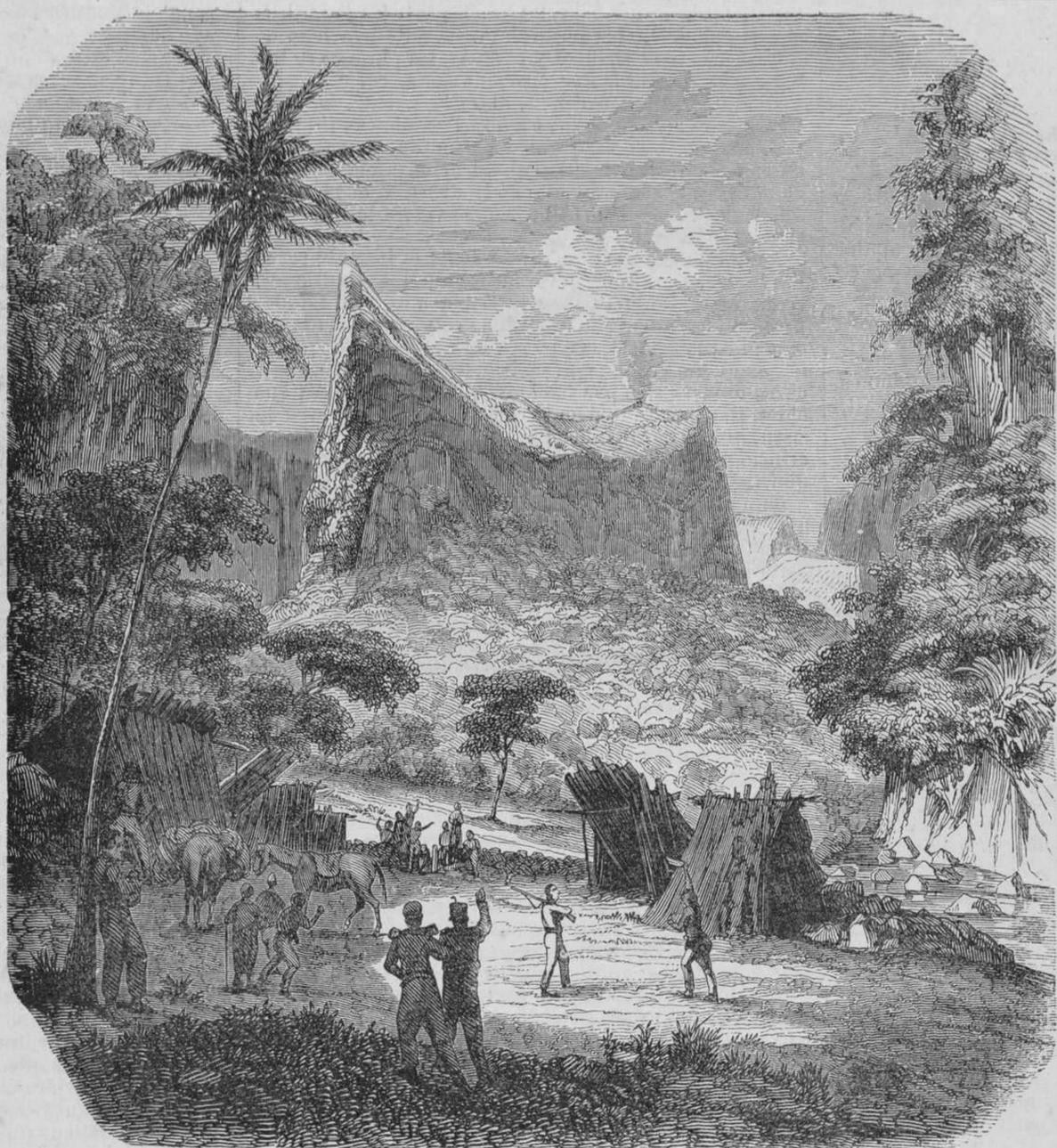
El *Maiai*, tributo que cobra el *Arii* sobre las primeras cosechas obtenidas.

Y otras varias por el estilo que tienen por objeto entregar con ciertas formalidades un presente ó un tributo.

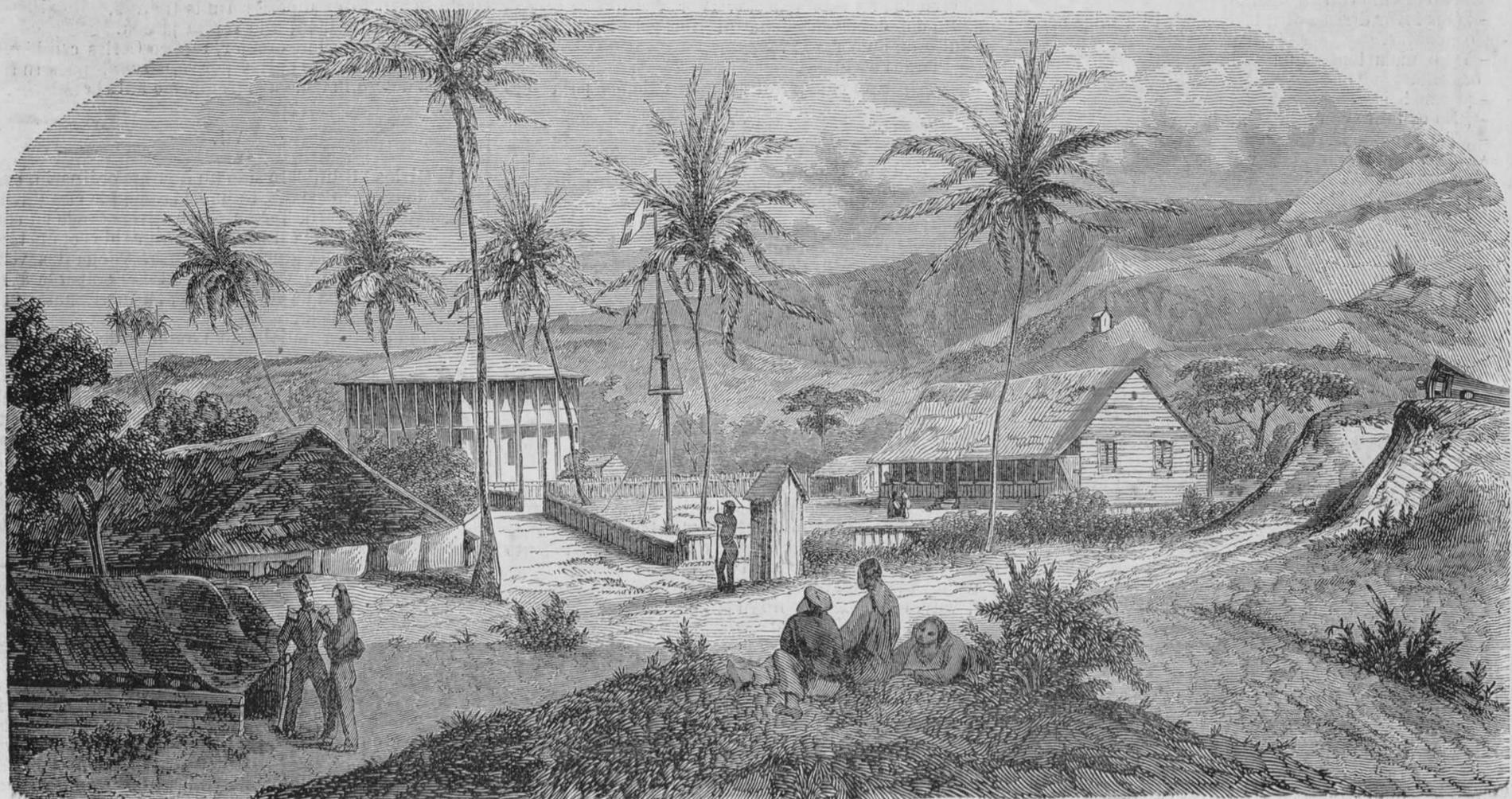
El *Taran* constituye una de las prerogativas del *Arii*, y es la más importante y la más rara de todas las fiestas taitianas. Todos los distritos obran de concierto para prepararla y para darla un esplendor digno de la persona á quien se dedica.

Algunos días antes del que había sido fijado para ofrecer el *Taran* á Pomaré-Vahiné, las mujeres de cada distrito se reunieron en grandes cabañas para fabricar la tela de corteza de árbol que debía figurar entre los regalos. La fabricación de estas telas va siempre acompañada con bailes y cánticos improvisados, cuyo estribillo repetido en coro por los trabajadores es casi siempre el mismo para todos los aires. Cuando la tela está bien batida forman con ella unos rollos que cubren con esterillas, y así la presentan al *Arii*.

Mientras las mujeres se entregaban á estas ocupaciones, los hombres recorrieron los valles y las montañas y recogían las frutas que solo se encuentran á mucha



RECUERDOS DE TAITI. — LA ALTURA DE FAUTAHUA, TEATRO DE LA ÚLTIMA ACCION, el 17 de diciembre de 1846.



CASA DEL GOBERNADOR Y LA TIENDA COMARTE EN PAPEETE.

cil encontrar en el día. El *fau* era un adorno de forma cilíndrica y muy alto, cubierto de plumas. El *taumi* estaba formado con una tela de corteza de árbol semi-circular, abierta por en medio, y que se quedaba sobre los hombros por esta abertura, de modo que podía llevarse sobre el pecho ó sobre la espalda. Esta especie de casulla estaba adornada con plumas en toda su superficie, con conchas en la parte superior, con dientes de tiburón por abajo, y en fin con una franja de pelo de perro muy largo en derredor.

Concluidos los preparativos del *taran*, llegaron los distritos al punto de reunión; los hombres y las mujeres se formaron separadamente en columnas, los jefes, *tarana* y los oradores oficiales *waha* se colocaron á la

cabeza, y todos precedidos de una banda de cantantes y de bailarines, se dirigieron hácia la morada del *Arii*.

Pomaré-Vahiné rodeada de su familia y acompañada de *Uata*, que es también su orador y su confidente íntimo, estaba sentada bajo la galería de su vasta choza, se hallaba vestida como siempre, con gusto y sencillez; llevaba grandes trenzas, unas levantadas en torno del rostro y otras echadas hácia atrás; su vestido era de seda negra con mangas lisas y sin cuerpo. Este vestido cubría otro interior de indiana rayada que estaba prendido en el talle y caía hasta los pies descalzos, cuya perfección nos pareció tanto más notable, cuanto que este género de belleza es muy raro en la Oceanía.

Y esto era todo; ni una cinta, ni un collar, ni una joya. No hablaremos del rostro de *Pomaré*; tenía entonces 38 años, y á su edad, sobre todo habiendo teni-

do seis hijos, una mujer es casi una vieja en Taiti.

En presencia del *Arii* los cantantes se callaron, los bailarines se detuvieron, y tomó la palabra el orador que había designado para ofrecer los regalos. El arte oratorio forma con el baile y el canto el programa de todas las fiestas taitianas. En cuanto ese pueblo sale de la vida facticia que le han creado, demuestra su alegría con las manifestaciones exteriores más estrepitosas y más excéntricas; canta, baila y habla á la vez; sobre todo habla... de cualquiera cosa, con abundancia, con profusión, con una verdadera elocuencia. Todos los discursos taitianos comienzan por una enumeración de los títulos de la persona á quien se dirigen; como una de las prerogativas de *Pomaré* consiste en tomar tantos nombres diferentes como distritos tiene en sus Estados, y como cada uno de estos nombres es el título parti-

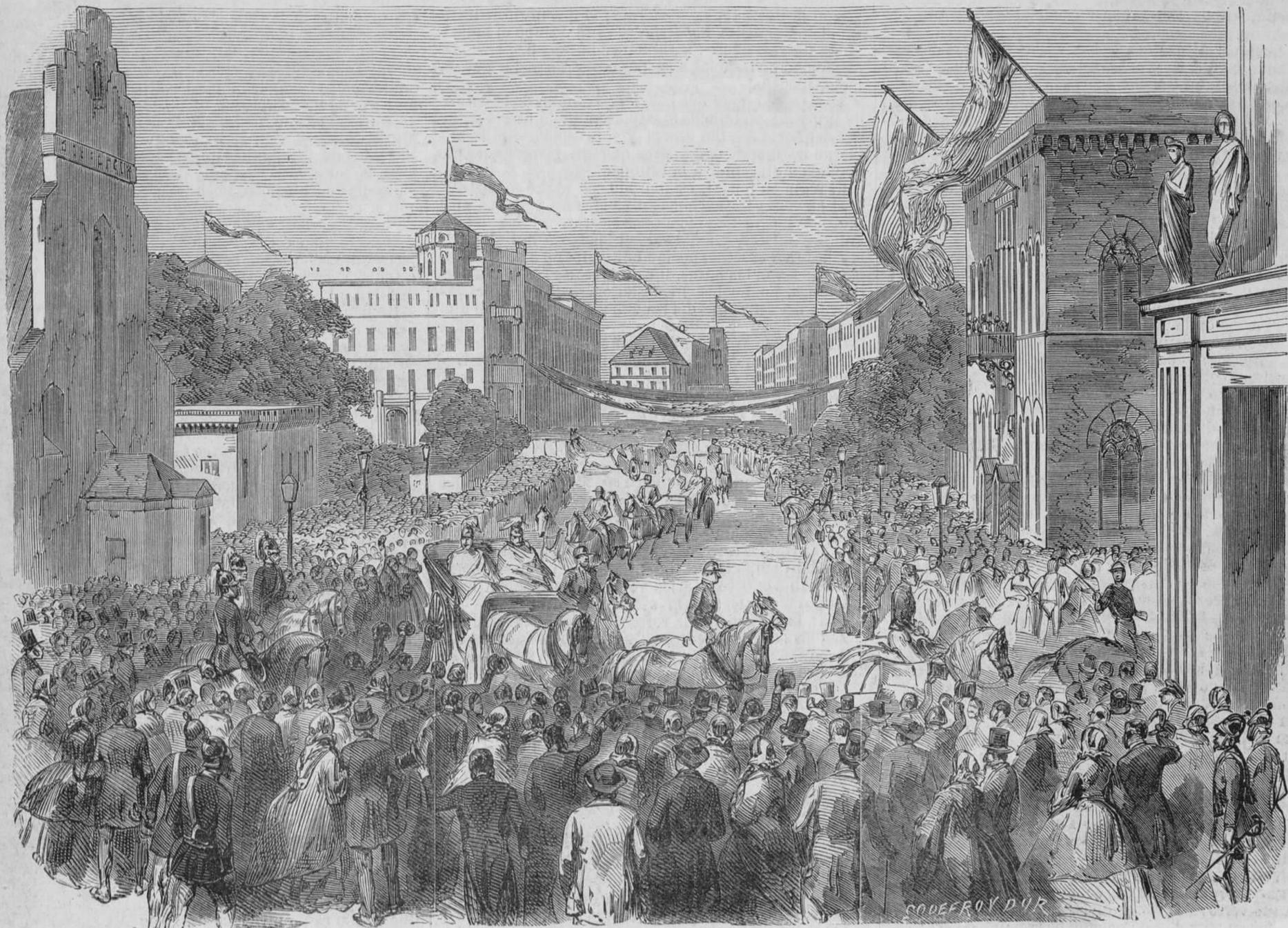
Al mismo tiempo comenzaban de nuevo los cánticos y los bailes con aplauso general de los espectadores. Los habitantes de las islas *Pau-Motu*, cuyas danzas difieren mucho de las de los taitianos, rivalizaban con estos y demostraban una verdadera superioridad en algunas escenas mímicas en que querían representar una cacería de jabalí ó la pesca de la ballena.

Esta fiesta, durante la cual los franceses y los taitianos confundieron sus placeres y sus impresiones, hizo desaparecer las últimas desconfianzas: todos los males de la guerra fueron olvidados, y renacieron las buenas relaciones que tan pronto se establecieron á la llegada de los franceses, pero que los manejos de adversarios más apegados á sus intereses personales que á los del pueblo de Taiti habían sabido cambiar en discordia y en guerra civil.

P. B.



RECUERDOS DE TAITI. — LA ALDEA DE SANTA-AMALIA.



ENTREVISTA DEL PRINCIPE REGENTE DE PRUSIA Y DEL EMPERADOR DE RUSIA EN BRESLAU.

La entrevista de Breslau.

La entrevista que se ha verificado en Breslau entre el príncipe regente de Prusia y el emperador de Rusia, ha sido objeto de largos comentarios en los periódicos europeos; pero según las últimas noticias, esta entrevista no ha tenido la grande importancia que se la atribuyó en un principio. Hé aquí lo que dice una correspondencia de Viena que tenemos por fidedigna:

« Los informes que ha recibido el gobierno austriaco, están generalmente acordes para reducir considerablemente la importancia de la entrevista de Breslau. Parece positivo que ningún tratado han convenido estos soberanos, unidos por tantos vínculos de familia, que tenga por objeto ligar recíprocamente á la Prusia y la Rusia, ya para la realización de las mismas ideas, ya para la ejecución de ciertos principios en su política exterior.

» Se tiene por seguro que cuanto se ha dicho últimamente acerca de una alianza ofensiva y defensiva entre Rusia, Prusia é Inglaterra carece de todo fundamento. »

El Océano y la fuente.

(Imitación de Victor Hugo.)

De lo alto de una peña caía gota á gota
El agua de una fuente en el profundo mar;
Y el Océano inmenso, borrascoso y terrible
Hablabá de este modo al claro manantial:

— « ¿Qué vienes con tus lágrimas; oh fuente lastimera!
» Al seno de este piélago que ahoga tu débil voz?
» ¿Te necesito acaso con tu auxilio importuno
» Siendo tú tan pequeña, siendo tan grande yo? »

Y la fuente decía: — « ¡Oh, golfo amargo y triste!
» Yo te doy en silencio lo que falta á tu ser;
» Lo que en tí el navegante en vano buscaría,
» Un poco de agua dulce para apagar la sed. »

MARIANO URRABIETA.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA PRONUNCIADO EN MADRID EL 12 DE NOVIEMBRE EN LA APERTURA DE LAS CÁTEDRAS DEL ATENEU.

« Señores: Al abrirse de nuevo las cátedras de este instituto en que se propagan tantos y tan útiles conocimientos, naturalmente ocurre la idea de los vínculos que entre sí los enlazan, pudiendo tal vez decirse que las ciencias y las bellas letras son como las ramas de un árbol frondoso que reciben el rocío del cielo y producen al propio tiempo frutos y flores.

A través de la niebla que oculta las remotas edades, vemos la luz del humano saber despuntar como el sol en Oriente; adelantar con paso lento y perezoso; eclipsarse á veces, pero nunca extinguirse. La mano de la Providencia la mantiene viva, para que no perezca el mundo.

En el Egipto parece como que las ciencias hacen una especie de descanso antes de trasladarse á las regiones de Europa, y allí toman, como no podía menos de suceder, el carácter del gobierno y de la nación. Bajo aquellos monarcas absolutos, y con el gran poder que ejerce el sacerdocio, se apodera este del tesoro de las ciencias; lo encierra con cien llaves en lo mas profundo del santuario; y si lo reviste de lujosas galas, es para oprimirle mas con fuertes ligaduras, como á los cadáveres de los reyes, y sepultarlos bajo inmensos mausoleos. El saber del Egipto asemeja al Nilo: fecunda aquella tierra; pero oculta su nacimiento.

Trasplantado á la Grecia, ya toma un carácter distinto, ó por mejor decir, opuesto. El clima es mas benigno; el cielo despejado y sereno, y el aura de libertad que allí se respira, consiente á las ciencias, á las bellas artes ostentar á la faz del mundo sus galas y primores. No se esconden en el fondo de los templos, ni les basta el hogar doméstico; se muestran en los pórticos y en las plazas, enseñoreándose como reinas de aquel suelo privilegiado. Todas ellas florecen á un tiempo y de un modo tal, que no tiene semejante en la historia. Euclides penetra las profundas verdades de la geometría; y Arquímedes siente no hallar un punto fuera de tierra para colocar en él su palanca y levantarla en peso.

Sófocles y Eurípides calzan el coturno de Eschilo y le ganan la palma; en tanto que Aristófanes, con maligna sonrisa, calza el humilde zueco.

El viejo Homero recorre las ciudades, despertando el entusiasmo con sus inmortales poemas, que retratan las proezas de los héroes, y son como la historia viva que se trasmite de generación en generación. En la misma sonora lengua, que parece dictada por las musas (*quibus debet ore rotundo musa loqui*) ensalza Píndaro al vencedor en los juegos olímpicos; enciende el animo de los de Messenia el fogoso Tirteo; y Anacreonte enloquece, al son de sus cantares, en tanto que suspira sus versos á la tiernísima Safo.

La forma de gobierno de aquellas repúblicas y el carácter de sus moradores, de imaginación ardiente y ani-

mo inquieto y movedizo, había de dar sumo poder á las armas de la elocuencia. No es por lo tanto extraño ver disputarle la palma en la tribuna á Pericles, seduciendo con su palabra fácil y artificiosa, á Focion, procurando calmar con prudentes consejos las olas populares, y la voz de Demóstenes tronando contra la ambición de Filipo. Los filósofos se ven rodeados de numerosos discípulos, y cada cual predica su doctrina, procurando que prevalezca sobre las demás. Entre aquellos insignes maestros se ve á Platon y á Sócrates elevarse hasta el último límite á que puede llegar la razón humana, cuando no se halla alumbrada por la antorcha de la revelación.

Llegada la época de decadencia, falta de vigor y dividida, mal podía la Grecia librarse del yugo de un pueblo en la flor de la edad, guerrero, que se creía destinado al imperio del mundo. Mas pocas veces se habrá observado en la historia un ejemplo tan palpable de la inferioridad de la fuerza respecto de la mayor civilización y cultura. Los orgullosos romanos tienen á gloria proclamarse discípulos de los griegos; leyes, artes, ciencias, todo lo reciben del pueblo vencido, y ni aun procuran disimular su origen: las escuelas filosóficas trasplantadas al Lacio conservan, hasta que se extinguen, el nombre de sus primitivos fundadores.

La índole de la república romana, á la par ruda y belicosa y empeñada en continua lucha entre el patriarcado y la plebe, no consentía dedicarse con gran ahínco al cultivo de las ciencias y de la amena literatura. Así es que apenas nos quedan otros monumentos de aquella edad mas que algunos célebres historiadores, y entre ellos Julio César, que ya indicaba el tránsito de un régimen á otro.

Al espirar la república destrozada y sangrienta, es cuando aparecen las obras maestras que han dado eterna fama al reinado de Augusto. No busqueis en ellas la naturalidad, la sencillez, el candor que distingue las obras de los Hellenos; pero sí elevación, grandeza, el sello que en todo imprimía aquel pueblo gigante: es una estatua griega cubierta con un manto de púrpura de Tyro.

En vano sería buscar nada grande bajo el imperio: cuando los pueblos caen en el último grado de abyección, solo pueden producir esclavos.

Apenas han quedado mas vestigios de aquella infausta época que las obras de Séneca y Lucano, ambos españoles y nacidos en la misma ciudad, las de uno y otro Plinio y las de Tácito, que parece se han salvado del naufragio de los siglos, para retratar á la tiranía en su espantosa desnudez.

El único monumento que salva la memoria de aquella edad, es el código de sus leyes, mas duradero que sus conquistas, y que tanto influjo ha tenido en la civilización de los pueblos modernos; el descubrimiento de un ejemplar de las *Pandectas* se estimó como el hallazgo de un rico tesoro; y sin temor puede afirmarse que el derecho civil de las naciones cultas no podía escoger mejor modelo.

Todo quedó sepultado bajo los escombros de tan grande imperio; y la niebla que se desprendió de las regiones del Norte fué tan espesa y tan tupida, que se hubieron menester siglos para que un leve crepúsculo volviese á alumbrar á la Europa.

El régimen feudal, establecido con mas ó menos dureza en todas las naciones, divididas las clases con un muro de separación, dispuestos siempre á pelear los orgullosos señores, y amarrado el pueblo á la tierra con pesadas cadenas, mal podían cultivarse en aquella edad las ciencias ni las letras. Dicha no escasa fué que hallasen un asilo en los monasterios, merced al alejamiento del estruendo del mundo y á la veneración que á pesar de su ferocidad les profesaba aquella ruda gente; pudiendo en verdad decirse que allí se conservaron como un depósito sagrado muchos preciosos restos de la antigua civilización.

En el espacio que medió entre la irrupción de los bárbaros hasta la época del *Renacimiento*, Italia fué tal vez la que cultivó con mayor éxito las ciencias y las letras, debiéndolo en gran parte á su aventajada situación, á la expedición de las *Cruzadas*, á las luces que recibió de Oriente y al genio de sus naturales; una sola república, la misma ciudad vió nacer á Dante, á Maquiavelo y á Miguel Angel.

España puede tambien mostrarse sin desdoro en competencia con las demás naciones. Amansada por el trascurso del tiempo la ferocidad de sus invasores, vemos á los árabes cultivar varios ramos del humano saber; dejando de ello en sus obras insignes testimonios.

Lástima grande que la religion que profesaban opusiese esos leves obstáculos á los adelantamientos en algunos ramos del saber; pero en los que cultivaron se descubre su agudo ingenio, no poco parecido al de los griegos, y las galas de su imaginación propias de los pueblos de Oriente.

En botánica, en agricultura, en astronomía, aun se les admira como grandes maestros; y el monarca español, superior á su siglo, que ha merecido el sobrenombre de *Sabio*, no se desdenó de llamarlos á su corte y consultar con ellos; anunciándolo con laudable modestia en sus obras inmortales.

Recordando la historia del espíritu humano, se advierte un fenómeno digno de llamar la atención, y que tal vez indica la conexión, mas ó menos oculta, que enlaza las ciencias y las letras. Hay épocas afortunadas en que aparecen al mismo tiempo varones insignes, como esas constelaciones que brillan en el cielo.

Así aconteció en Grecia en tiempo de Pericles; en Roma, bajo el imperio de Augusto: en Italia, á la sombra

protectora de los Médicis; y en el pontificado de Leon X, de la propia estirpe; en España, en la época que puede llamarse nuestro *Siglo de oro*; en Francia, bajo el cetro de Luis XIV; en Inglaterra, despues de la gloriosa revolución que elevó al trono á la reina Ana.

Otro fenómeno que tambien puede contribuir á comprobar el mismo aserto, es el de ciertos hombres privilegiados que se elevan á una inmensa altura en la region de las ciencias, como quien sube á la altísima cumbre de los Alpes, y parece que desde allí dominan el terreno que yace á sus plantas.

Grecia ostentó un modelo tan portentoso, que no ha habido al cabo de tantos siglos ninguno que le iguale. El ánimo se asombra al contemplar el profundo saber de Aristóteles; dialéctica, moral, política, fenómenos de la naturaleza, todo lo penetra y todo lo esclarece, y aun no satisfecho extiende sus miradas á las letras humanas, y dicta reglas de buen gusto que sirvan de norma á los poetas.

En los tiempos modernos vemos tambien descollar algunos hombres eminentes que parece como que personifican el saber de su siglo; tal fué en Inglaterra el gran canceller Bacon, que viendo el errado camino, las ciencias abrumadas con el peso de sistemas absurdos, fué quizá el primero que les mostró una segura guía en la observación y la experiencia.

En Francia vemos al célebre Descartes aspirar á la gloria de rival de Aristóteles, desalojarle de las aulas, y señalar una nueva era en la historia de la filosofía. Hasta en España, donde por causas harto sabidas se cultivaron poco ciertos estudios, observamos los conatos de Feijóo y de otros escritores, para desterrar añejas preocupaciones y despejar el camino de los conocimientos útiles, pudiendo citarse en comprobación el nombre del ilustre Jovellanos, á quien la ciencia de la legislación, la economía política, la historia, la amena literatura, á la par que las nobles artes, reclaman á porfía como uno de sus alumnos predilectos.

Recientemente, en este mismo año, acaba de perder la Alemania un hombre de tan vasta capacidad, que podía abarcar el mundo, como á su obra inmortal: el baron de Humboldt, tan profundo como modesto, que me honra con su amistad, y á quien pago este tributo de admiración y de respeto.

Largo y prolijo sería, aun cuando lo consintiesen mis fuerzas, mostrar las relaciones entre los conocimientos humanos, pues á veces se esconden á la vista del hombre, como los ocultos veneros que vienen á reunirse para alimentar una fuente. Mas otras veces se divisan, por poco que se penetre en el terreno de las ciencias. La dialéctica, que es como el hilo de Ariadna para no perderse en el laberinto de los conocimientos humanos; la numismática y la arqueología, testigos permanentes de la veracidad de la historia; la historia, maestra de la moral y piedra de toque de la política; las ciencias naturales, tan unidas que á veces se confunden sus límites; las matemáticas, de tan universal aplicación, principiando por las artes y oficios mas humildes, y terminando en las regiones mas sublimes de la astronomía. No há muchos años que M. Leverrier, trazando cálculos en el papel descubrió un planeta en el cielo; un estudio hay provechoso en todos tiempos, y en la actualidad necesario: tal es el de las lenguas. Respecto de las sábias, no hay para qué encarecer su importancia, ya sea para admirar las obras maestras de la antigüedad, á cuyas traducciones puede aplicarse á veces lo que decía Cervantes, que son como ricos tapices mirados por el revés; ya para adelantar en los estudios clásicos, y ya en fin para averiguar los orígenes de los idiomas modernos.

Recientes acontecimientos, cuyo alcance y trascendencia no es capaz de medir la prevision humana, han llamado mas y mas la atención de la Europa hacia el Oriente, y contribuirán á que se cultiven con mayor esmero algunas de las lenguas que se hablan en aquellas apartadas regiones. El imperio del Japon parece que aspira á entablar relaciones mas estrechas con las naciones europeas, y de fuerza ó de grado, la China tendrá que abrir sus puertos al comercio y trato de los pueblos de Occidente. Su muralla cayó para siempre, y no hay en el mundo fuerzas que la levanten. Como todo en el mundo está tan enlazado, que hasta los sucesos mas extraños pueden producir efectos no esperados, tal vez nuestra expedición al Africa (¡que Dios bendiga!) haga que se cultive con mas afición la lengua árabe, descuidada hasta estos últimos tiempos, y en la que poseemos tantos y tan preciosos monumentos. Por lo que respecta á las lenguas vivas, ¿quién podrá desconocer la absoluta necesidad de poseer algunas para no parecer aislado y poco menos que selvático en medio del tráfico del mundo?

No há muchos años, cuando el venir de las provincias á Madrid se consideraba como arriesgada empresa, y se señalaba con envidia á los pocos que habían traspasado la muralla de los Pirineos, era lícito contentarse con hablar el idioma nativo; mas hoy día en que los ferro-carriles y el telégrafo eléctrico han puesto en inmediata comunicación á tantos pueblos y naciones, poco adelantará el que solo vaya provisto con la moneda de su país, y no lleve otras que tengan fácil curso en el mereado.

A tal punto se siente esta necesidad, propia y peculiar de este siglo, que todos los medios hasta ahora conocidos parecen inadecuados y mezquinos; y se aspira, sin que parezca delirio, á crear una lengua universal, que siendo como un vínculo de unión de todos los pueblos, acelere la época de adelantamiento y de mejoras á que la humanidad parece destinada.

Cada cual en su esfera, todos deben contribuir á fin tan importante; por lo cual son dignos del mas cumplido elogio los que como vosotros, celosos profesores, os dedicais á la enseñanza sin mas estímulo ni recompensa que el amor al saber. Los alumnos que acuden presurosos á recibir de vuestros labios útiles lecciones, han nacido en una época afortunada, casi todas las ciencias han hecho visibles progresos; los métodos son mas sencillos; los libros elementales mejores, y se ha llenado el inmenso vacío que antes mediaba entre los rudimentos del saber y su region mas elevada.

Y vosotros, jóvenes aplicados, que dedicais á estudios graves las horas de solaz y esparcimiento, prestad atención á mis palabras; por lo mismo que teneis mas medios de adelantar en la emprendida senda, la patria exige mas y mas de vosotros. Ya la infundís ánimo y esperanza; sed algun dia su ornamento y su gloria.»

Marruecos.

SU TERRITORIO. — SUS FRUTOS. — SUS COMUNICACIONES. — SUS SECTAS RELIGIOSAS.

El territorio marroquí se divide, como el argelino, en Tell ó pais cultivable, y Sahara, pais que no produce cereales. Difícilmente pueden señalarse los límites con certeza; pero su trazado mas probable se dirige desde 40 ó 50 kilómetros al Sur de Usdá (*Uddedah*) en la frontera argelina, hácia el Mulaya; de allí á las fuentes del Siz y del Daragh en la vertiente meridional del Atlas, y faldeando las montañas primero, é inclinándose despues al Sur por encima del lago *Ed Debaia*, va á terminar al Norte del cabo Nun. Cubre el Tell en su totalidad una faja, cuyo límite oriental es próximamente paralelo á la costa del Océano, su longitud de unos 850 kilómetros, su anchura de 300 á 400, y su superficie de 285,000 kilómetros cuadrados á lo sumo, que equivalen á las dos quintas partes de todo el imperio marroquí, y á poco mas de la mitad de la superficie de España.

Cúbrese las campiñas en enero de una verdura esmaltada de flores y se desarrollan los cereales. En marzo se hace la recolección de la cebada, y en junio la del trigo, con cuya harina preparan los naturales el *cuscusú* (alcuzcuz), la del maíz y la del sorgho, con el que tambien hacen harina para aquel plato favorito de los africanos. Cuál sea la fertilidad del suelo, se patentiza con solo observar que abierto solamente con un arado de madera que apenas penetra en él, y abonado con el rastrojo que se tiene esmero en dejar bastante alto, no se aprecia sino como mediana una cosecha de treinta granos de trigo por uno de siembra, y como buena solo cuando produce sesenta, habiéndolos de ochenta por uno.

En las llanuras y colinas crecen el olivo, la higuera, el granado, el almendro, el naranjo y el limonero, y cubren las montañas bosques de encinas, robles y maderas, y en la vertiente meridional palmeras, cuyos dátiles constituyen uno de los alimentos preferidos por los marroquíes.

Tambien hay palmeras en la setentrional, y especialmente en la zona del Oeste; pero su fruto no tiene comparación con el que dan las de Sus y Taflete, donde se aprecia tanto, que se supone objeto del deseo de la Virgen María en el nacimiento del Señor.

Inútil es decir la calidad de las naranjas y limones, pues por su aroma y exquisito gusto tienen fama en Andalucía, donde se hace mucho gasto de las llevadas de Tánger. Hay muchas especies de viñas, y sus uvas, como todos los demás frutos, son muy precoces relativamente á los de nuestro continente.

Los melones tienen la circunstancia de que su estado de madurez es casi instantáneo, por lo que rara vez están en disposición de comerse: no así las sandías, que se cultivan con esmero, pues son muy apreciadas. Producense, en fin, y en abundancia prodigiosa toda clase de frutas conocidas en Europa y varias otras muy sabrosas y útiles, así como legumbres y verduras de toda especie.

A pesar de tal fertilidad, padécense allí hambres terribles de que no se tiene idea en Europa, producidas por las langostas que pasan del Sud del Atlas, y esparcen la desolación por los campos, produciendo algunas veces con su putrefacción peste y fiebres contagiosas.

Hay en las selvas leones, panteras, osos, hienas, chacales y raposos, y los habitantes comercian con la venta de camellos, búfalos, bueyes, caballos, mulas, asnos y ganado lanar de excelente calidad, así como con la de volatería doméstica que es sumamente abundante.

El camello es indudablemente el animal mas útil de cuantos se crían en Marruecos, exceptuando el caballo cuando es empleado en el ejercicio militar.

El camello cuesta muchísimo menos que una mula; soporta una carga superior en peso y volumen, y así puede caminar por terrenos ásperos como por las arenas del desierto sufriendo toda clase de cambios atmosféricos.

Bebe rara vez, lo cual es una gran ventaja en un pais en que tanto escasea el agua, y se mantiene en todas partes, pues no tiene necesidad de cebada, alimentándose de las yerbas, matas ó espartos que se encuentran en los puntos en que haya de acamparse.

Su marcha al paso equivale á la de la infantería, á ciento veinte pasos por minuto; se adelanta á esta, si se le anima un poco, andando sin violencia ocho ó nueve kilómetros por hora, y descargado puede trasportar

tropas de un punto á otro, con la misma ó mayor velocidad que los caballos.

Hay muchos caballos de raza árabe en la zona meridional, y de la berberisca en la opuesta; pero á pesar de que parece debiera fomentarse su cría en un pais en que todos son jinetes hábiles, la tiranía del gobierno, cuyos emisarios se apoderan de todos los caballos buenos que encuentran, hace se abandone su cuidado en las regiones en que se deja sentir la autoridad imperial.

Solo en la provincia de Dukalah se ven aun caballos excelentes de raza berberisca y de la mas pura. En las provincias del Sur, habitadas en gran parte por gentes que apenas reconocen dependencia de la metrópoli, el caballo árabe es criado y educado con todo el esmero con que se hace en su pais originario y en todo el desierto de Africa.

Un cuerpo de tropas que tuviese que operar en el interior, debería hacerse con una brigada de camellos, como elemento indispensable para el transporte de los viveres y aun para las ambulancias. Pronto adquiriría nuestro soldado la experiencia necesaria para dirigirlos y cuidarlos, como la adquirieron y poseen los franceses.

Las comunicaciones de Marruecos á que frecuentemente se hace alusión, no han de considerarse como caminos transitables para carruajes. El camello, ese *barco del desierto*, como se vanaglorian los nómadas en llamarlo, es el único vehículo conocido para el transporte, y la caravana el convoy que traslada las grandes masas de objetos comerciales de un lugar á otro, y sustituye en el interior y el mar de arenas á las diligencias, locomotoras y buques de vapor.

Por eso los caminos, aun el señalado como imperial, por servir en sus viajes al sultan, el cual se extiende de Marruecos á Azamor, y de aquí por la costa á Rabat y á Mequinez y Fez evitando el paso por las tribus inquietas del interior, consisten en sendas mas ó menos ásperas, segun la calidad del terreno que cruzan, sin posadas ni aldeas en que descansar ni refrigerarse, siendo por tanto de absoluta necesidad el transporte de tiendas en que campar.

La única religion reconocida oficialmente y protegida en el imperio es el mahometanismo, y el emperador, como descendiente del profeta, es á la vez jefe espiritual y temporal de ella. Hay allí, sin embargo, un gran número de sectas.

Una de las mas principales es la *Hamdoucha*, cuyas doctrinas y objeto no se han definido claramente. Su jefe (*Milkkadem*) es un anciano vestido de blanco; monta un caballo del mismo color, y lleva tambien un estandarte blanco. En sus paseos se detiene y permanece inmóvil todo lo que le es posible; va seguido de una comparsa de discípulos suyos, que bailan furiosamente al son del *agnal* y del *tebel* (gaita y tambor).

Estos hombres se excitan mutuamente hasta el punto de arremeter á los animales, hacerlos trizas con los dientes y manos y comerlos crudos. Hasta se les ha visto tambien precipitarse sobre los judíos y matarlos de la misma manera. Jaegan con serpientes, y pretenden poder tocar sin lesion toda clase de venenos.

Otra secta es la de los *Santones* ó anacoretas, que viven en el desierto ó á cierta distancia de las ciudades, y están en gran veneración; algunos son únicamente fanáticos, otros dementes ó idiotas, y por esto mismo reputados todos como santos. Todos los *Santones* son sumamente venerados, y sus ermitas no solamente se respetan como lugares de peregrinación, sino tambien como asilos en los que se refugian los criminales, ladrones y asesinos, y quedan libres de persecución. La ermita mas celebrada es la *Zaouiat*, ó santuario de Muley-Abd-Selam, en el monte *Beni-Hassen*, cerca de Tetuan.

Otras sectas tienen el nombre de *Gikalas*, *Ahmachas* y *Darkuas*; los que componen esta última vienen á ser una especie de deístas, llevan un traje grotesco y reciben limosnas.

La secta mas popular de todas es la de *Sidua Aisser* ó *Aisaoua*, los encantadores ó fascinadores de serpientes, y cuyos juegos extraordinarios con esos reptiles son bien conocidos. Tienen en Fez un vasto edificio, que sirve de cuartel general á la comunidad. Hácia el mes de julio van á la provincia de Sus á recoger serpientes, con las cuales hacen exposiciones en diferentes puntos del imperio.

Los moros son excesivamente supersticiosos, y algunos de sus trajes traen su origen del paganismo. Entre los berberes, por ejemplo, en la época de la germinación del trigo, las mujeres labradoras preparan una especie de muñeca ó maniquí que representa una mujer, y corren con ella por los campos gritando y cantando; los hombres por su parte hacen lo mismo, con la diferencia de que van á caballo. El hombre y la mujer que llevan la figurilla de la fiesta necesitan ser muy ágiles para ir siempre á la cabeza de sus compañeros.

Revista de la moda.

SUMARIO. — Una revolución de la moda. — Las señoras con uniforme militar. — Uniforme de dragon y de húsar. — Vestidos á la orden del dia. — Prendidos de baile. — Los tocados á la moda. — Descripción del figurín que representa prendidos de baile.

Con este título: *Una revolución de la moda*, inserta el *Figaro* las siguientes líneas:

«Tengo que anunciar una revolución, á la cual quizá no es

tan extraña la política como podría creerse. Esta revolución es en la moda síntoma de un gran cambio en las costumbres. Hasta aquí la moda no ha pecado por exceso de invención; lo único que ha hecho ha sido recordar antigüedades; así es, que se ha necesitado una gran cosa como la guerra de Italia y la entrada triunfante de las tropas francesas el 14 de agosto, para que haya salido á luz la moda nueva de que quiero hablaros.

Las parisienses hallaron tan bonito el traje de las cantineras, que resolvieron entonces no adoptarle completamente, sino combinarle con los trajes actuales.

Han imaginado pues conservar sus vestidos anchos, y sus miriñaques de quince metros de circunferencia montados en jaula, pero adoptando al mismo tiempo la levita militar ó la casaquilla de la tropa de caballería, adornadas con solapas, con triples hileras de botones de oro, cordones y charreteras de piedras preciosas.

Ya en algunas tiendas de Paris se han podido admirar esos trajes tan singulares como pintorescos; pero debo añadir que las parisienses no los han adoptado todavía, si bien es verdad que los han adoptado las señoras rusas.

Sabido es que las señoras rusas son muy parisienses y que desde hace años son siempre las que inauguran las modas. La parisiense inventa una moda, pero no quiere ser la primera en llevarla, y deja este honor á la señora rusa, reservándose llevarla luego, si es que la moda gusta.

Así pues, en una comida diplomática que ha tenido lugar estos últimos dias en casa del príncipe de Metternich, dos señoras rusas vestían uniforme. La condesa M. P. lucía un dolman de húsar de raso encarnado, adornado de tres alamares de oro de tres hileras de botones de diamantes. La falda era de moaré antiguo azul celeste con volantes de encaje negro. El tocado consistía en un gorrito de terciopelo negro con una pluma derecha.

La princesa O... llevaba un uniforme de dragon con casaquilla verde, solapas blancas, botones de oro, cordones de oro y charreteras de topacios. En el cabello una pluma negra dispuesta como la pluma de un casco.

En varias soirées han aparecido igualmente los uniformes. Yo he visto en una comida á una señora que llevaba una chaquetilla de zuavo.

Como la *especialidad* es uno de los grandes descubrimientos de la industria moderna, pronto tendremos «sastres militares para señoras.»

¿No tenia razon para decir que semejante moda es un síntoma de revolución en las costumbres? Las mujeres cesan de ser mujeres. Cansadas de pedir su emancipación por la ley, se emancipan por las costumbres.»

Muy fácil me seria contestar al *Figaro* acerca de esta salida contra la moda.

Los hombres no hacen mucha gracia cuando tratan de este asunto. *Figaro* supone que nuestros miriñaques tienen quince metros de circunferencia, cuando los vestidos mas huecos apenas llevan ocho, la mitad de lo que dice.

Los uniformes militares no hacen sombra ninguna á los vestidos de la casa Delisle. Voy á describir algunos de ellos muy sencillos, pero de mucho gusto.

— El primero es de tafetan violeta de los Alpés con un cuerpo guarnecido de tres placas de pasamanería y cordones formando alamares. Este mismo adorno se repite en el delantero de la falda armada con pliegues gruesos. Las mangas son de codo, van abiertas al lado y rematan en una vuelta por donde pasa una manga interior; además llevan una charretera corta á la derecha.

— Otro vestido forma Emperatriz, de raso rayado negro y aurífero. Este vestido va cortado al sesgo con un grueso pliegue bajo el brazo y dos pliegues por detrás. La falda tiene por abajo seis metros de vuelo, y lleva un adorno que forma delantal de florecillas de terciopelo color de castaña que se continúan sobre el cuerpo. Las mangas anchas van cerradas en la muñeca y plegadas por arriba.

— Otro vestido de seda de tafetan azul de China con once volantes pequeños orlados de cinta blanca, cubierta con una puntilla de encaje negro. Este vestido tiene dos cuerpos; el uno escotado con cinturón y fichu Antonieta, negro y blanco, y el otro subido y abotonado, tambien con cinturón y mangas con seis volantes menudos.

Pasemos á los vestidos de baile, y hé aquí los mas nuevos:

— Un vestido blanco con dos faldas dobles de tarlatana y túnica de tarlatana con puntos bordados de seda blanca y guarnecida de blonda. Esta segunda falda va recogida muchas veces, lo que hace muy hueco el traje. Dos cintas de raso blanco arrancan del lado derecho y suben al cinturón, rematando abajo en un hermoso lazo. Por el lado izquierdo la falda no va recogida mas que una vez. El cuerpo es de punta y va adornado con una drapería que se termina con una blonda. Un hermoso ramillete blanco con largo follaje va sobre el delantero, y adornan los hombros dos lazos de raso blanco.

— Un vestido de tul blanco con hermosos afollados de tul boton de oro. El bajo de la falda va adornado con rizados de crespon blanco, alternados con afollados de tul boton de oro, por los cuales pasa una ancha cinta de tafetan del mismo color. El rizado blanco principia el adorno, y el afollado le concluye á una altura de 75 centímetros. Una segunda falda de tul blanco sembrada de estrellas de seda boton de oro va recogida de distancia en distancia, con claveles blancos y hojas naturales. El cuerpo de punta se completa con hermosas draperías guarnecidas de blonda y con ramilletes iguales á los de la falda. Las mangas llevan afollados blancos y botones de oro.

— Otro vestido de tul azul sobre transparente de raso de un azul mas claro. La primera falda de tul va afollada hácia abajo y lleva estrellas de plata; la segunda tambien con estrellas tiene al rededor una blonda de plata. El cuerpo con draperías estrelladas lleva un ramito de diamantes prendido con un lazo de raso azul orlado de encaje de plata. El tocado correspondiente es una diadema de terciopelo azul ilustrada de estrellas de diamantes con ramo de plumas azules y plumas blancas.

Los tocados de baile son redondos y voluminosos, porque se lleva el cabello casi liso por delante y todo hácia atrás.

Este peinado no sienta bien á todas las mujeres; es preciso que la mujer estudie su fisonomía antes de adoptarle.

En cuanto á tocados redondos, he visto una corona de rosas blancas sin follaje con polvillo de oro y cordon de oro formando lazo por un lado; y una corona de florecillas fantásticas colores cereza y blanco, con polvillo de plata y follaje cereza y blanco.

El oro domina en la moda lo mismo en ciertos trajes de vestir que en los prendidos de baile.

Los tocados deslumbran á fuerza de oro; pero el oro no favorece á ciertas hermosuras delicadas.

Señalaré algunos tocados lujosos:

— Un tocado Luis XIII compuesto de un cordon de terciopelo violeta enlazado con una gruesa cadena de oro, y que sostiene un gorrito de terciopelo con pluma blanca por un lado y lazo de terciopelo por el otro.

— Una redecilla Graziella de mallas de oro que cae en punta sobre el cuello; arriba de la frente un lazo de terciopelo negro con rosas.

— Una diadema rusa de terciopelo azul con perlas de oro en el terciopelo; por delante un broche de oro.

— Un tocado Francisco I compuesto de una gorrita de terciopelo formando acuchillados sostenidos por un cordon de oro que se arrolla en un sesgo de terciopelo y cae con borlas. Por un lado ramo de rosas blancas.

— Un tocado Duquesa de terciopelo melocoton, reproducido con un tejido de terciopelo formando gorrito por un lado con rulos de trencilla de oro. Por el otro lado una pluma blanca.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin, que representa prendidos de baile.

La primera figura lleva un vestido blanco con una serie de diez y ocho pequeños volantes de tarlatana. Sobre la primera falda cae una túnica de tarlatana que oculta los volantes, y que va recogida de lado por un grueso ramillete de margaritas variadas de colorido con follaje verde. Cuerpo escotado de punta con berta formada por cuatro pequeños volantes.

Mangas sultanas. Tocado de margaritas dispuestas en ramos sobre el cabello.

El segundo traje es de tafetan azul con doble falda. La primera lleva dos pequeños volantes Luis XVI con un grueso rizado de tarlatana azul en los pequeños volantes. La segunda falda tiene igual adorno. Cuerpo escotado y de punta con berta-fichu orlada de dos pequeños volantes. Mangas odalis-cas; tocado de florecillas azules con follaje verde.

El tercer vestido es de tafetan antiguo violeta de Parma, cubierto con volantes de encaje negro. En el cuerpo fichu

emperador ha designado al coronel Reille, uno de sus edecanos, como agregado á la persona de la gran duquesa durante su residencia en Francia.

Protectora ilustrada de las artes, la duquesa de Leuchtemberg es presidenta de la Academia de bellas artes de San Petersburgo, y se ocupa formalmente de todo lo relativo á sus funciones. S. A. I. ha visitado con mucho interés las principales galerías públicas de Paris, dando por todas partes pruebas delicadas de su gusto y de los vastos conocimientos que posee. L. R.



S. A. I. LA GRAN DUQUESA MARIA NICOLAEVNA, VIUDA DEL DUQUE DE LEUCHTEMBERG.

escotado y cruzado de encaje negro. En el pelo rosas amarillas con cáliz de oro.

El cuarto traje es de crespón blanco. La falda va llena de afollados de crespón separados con rulos de tafetan blanco. El cuerpo de draperías lleva un volante de blonda. Aderezo de granadas purpurinas con espigas de oro. Albornoz de cachemira blanco orlado de terciopelo carmesí con borlas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

La gran duquesa María de Rusia.

La gran duquesa María Nicolaevna, hija mayor del emperador Nicolás y viuda del príncipe de Leuchtemberg, llegó el día 5 á Paris, y se hospedó en el hotel del Louvre. Acompañan á S. A. I. los príncipes Nicolás y Jorge Romanovsky, las princesas María y Eugenia Romanovsky, y sus hijos los duques y duquesas de Leuchtemberg. En el número de las personas que componen la comitiva de S. A. I., citaremos á la condesa A. de Tolstoy, camarista; la señora de Baricoff y la condesa E. de Tolstoy, ayas de las princesas; el conde de Wielhorsky, gran maestro de ceremonias del emperador de Rusia; el príncipe de la Kurakine, mariscal de la corte; el coronel de Rehbindler, edecan del emperador de Rusia; el secretario de la gran duquesa y los doctores Mianovsky y Tillner. S. A. I. pasará algunos días en Paris antes de ir á Compiègne, donde está convidada á pasar algunos días cerca de SS. MM. El



GIBRALTAR.